REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXIV — San José, Costa Rica — **1932** — Sábado 9 de Enero — Núm. 1

Año XIII. No. 569

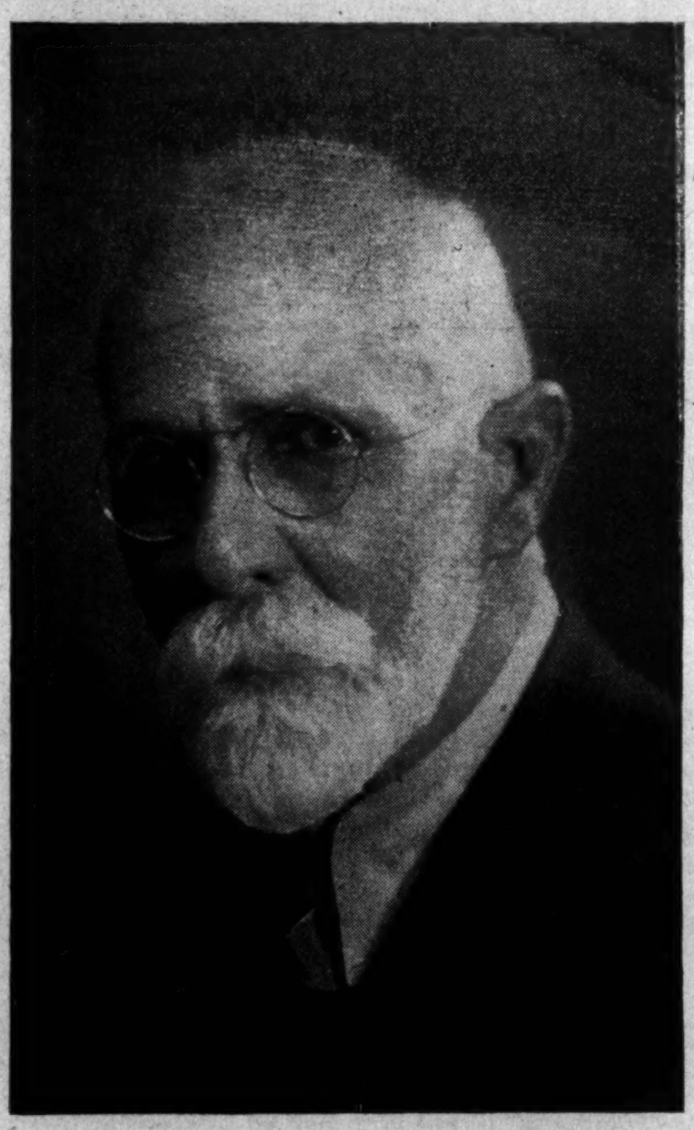
SUMARIO:

Un libro de cuentos

(La última página de D. Justo A. Facio)

Los nombres de los poetas costarricenses forman toda una constelación en el firmamento no muy vasto de la literatura patria; no diré que todos los astros de esa constelación brillen con luz radiante; en rigor, si los distinguimos por igual, sin gran esfuerzo de nuestra retina, es sencillamente porque están muy cerca de nosotros; ahora bien, esta superabundancia tiene su explicación, aquí como fuera de aquí,—porque es un fenómeno humano,—en lo natural de la propensión juvenil a expresar lo que siente en el lenguaje de la poesía y, como para hacer más irresistible el impulso, en lo llano que resulta esto de alinear renglones cortos, metiéndolos, para darles también apariencia, en el marco caprichoso de una estrofa; el caso es que la poesía, o lo que por tal se admite o se presume, es la flor de arte que primero brota,—por lo común, con agreste espontaneidad,—en tierras no cultivadas por las finas herramientas de la civilización.

Tales son, según todo hace creer, las razones de que la poesía venga a ser el género literario hoy por hoy más cultivado entre nosotros, que en achaques de cultura apenas si somos un pueblo novicio; como de contrahaz de ese fenómeno, que se traduce, ya lo dije, en una superabundancia, esos antecedentes impiden que el cuento tenga entre nosotros muchos cultivadores; porque en la gestación del cuento no interviene por lo general, como elemento matriz, aquella inspiración que en la poesía constituye una fuerza creadora,—una fuerza que se impone; al escribir un cuento, el autor emplea su instrumento de arte con cierto cálculo, conscientemente; el cuento es más que todo una reflexiva obra de estudio, sin que trabajo tan nimio excluya,—esto no necesita decirse,—el talento adecuado a la correspondiente producción literaria, sin el cual cosa alguna podría intentarse en ese género ni en ninguno otro.



Justo A. Facio

Si bien, como es natural, suelen escribir cuentos, así como otras obras, los aficionados al ejercicio de las letras aquí, son muy pocos los literatos costarricenses que de preferencia han dedicado sus facultades creadoras a cultivar el terreno de esa difícil especialización, tan bien acreditada en la segunda mitad del siglo recién pasado por los grandes novelistas franceses; entre esos pocos, ahí descuella Ricardo Fernández Guardia, escritor de mucho fuste, como un fino y delicado cuentista, género en que hizo sus primeras armas, brillantemente; entre ellos figura también Manuel González Zeledón, el primero en discurrir por los bosques de la literatura nativa, la literatura de **folklore**, a la cual ofrece nuestro joven país un no escaso venero de tradiciones y costumbres vernáculas; como autor de cuentos históricos hay que recordar con orgullo, porque es una gloria indiscutible de las letras nacionales, a Manuel de Jesús Jiménez, quien en una serie de cuadros costumbristas rehizo magistralmente la historia anecdótica de una época que coge la primera mitad del siglo anterior.

Es de justicia citar aquí a otro escritor, joven aún,—Rubén Coto,—que a las letras patrias ha aportado precioso contingente con una colección de originales y breves narraciones, reunidas bajo este título: **Pañuelada de Cuentos,** tales como **No sabía que fuera prohibido sentir, Alegría de la mañana, Una rosa y un beso. Dos diamantes,** etc. —Estos cuentos respiran suave y sincera emoción, que se trasmite dulcemente al ánimo, infundiéndole ansiedad de idealismos. Este delicado tallador de camafeos nos ha ofrecido últimamente en el **Repertorio Americano** relaciones de condimento puramente nacional, pues en ellas nos dice con toda sencillez la vida auténtica de hombres que en un escenario semirural han llegado a constituir una figura específica de carácter, a lo costarri-

In memoriam

Falleció don Justo (según el trato familiar costarricense), en la madrugada del 26 de Diciembre.

Valeroso al morir, y consecuente, en esa hora grave, con las ideas de toda su vida de liberal de vieja cepa. En esto, hasta el final, nunca quiso transigir con la hipocresía. Murió en su ley, como suele decirse. ¡Caso ejemplar de probidad espiritual en un país de convicciones blanduzcas y tornadizas!

Fué un cabal y asiduo hombre de letras en Costa Rica, bien conocido en el exterior; y a la vez, un fogoso promotor de cultura en ateneos, cátedras, revistas, escuelas y colegios. Si por algo echaba de menos el poder,

(Pasa a la página 6)

cense. Cito como ejemplo en este difícil género, la relación titulada **El secretario de los amantes** (1).

Ahora es Carlos Jinesta quien con un volumen de cuentos en el estadio de las letras patrias comparece ante el público; de este brillante escritor tuve oportunidad de decir lo siguiente en 1918: "Carlos Jinesta es un estudioso joven que ha iniciado su carrera literaria con la publicación de cuentos y fantasías, en los cuales, como en **Antón, Lidy, El abuelo** y otros, se advierte la labor aún no del todo maestra, pero que ya tiene muy felices aciertos". Diez años después, al referirme en **El Maestro**, publicación docente que dirigí, a la **Guía de Juntas Escolares,** obra también de Jinesta, me expresé de este modo: "Conocíamos a este joven escritor, (nuestro antiguo alumno en los escaños del Liceo), por las producciones literarias, de suave y sutil delicadeza, con que nos había revelado su puro temperamento de artista: ahí están para atestiguar victoriosamente nuestro juicio, los cuentos, desprovistos de complicaciones episódicas, en que relata casos de simple y candorosa psicología, cuyo encanto proviene de una simplicidad en que no hay nada de artificioso, así como de la ligereza alada con que discurre la narración".

No otra cosa cabe decir en refiriéndome al volumen de cuentos que aquí somete hoy Jinesta a los halagos un si es no es insidiosos de la publicidad; la confianza del autor para salir con bien, es decir, para alcanzar el favor aleatorio de la crítica, no descansa seguramente en el soporte que acaso le prestaría mi humilde dictamen; él goza ya de un bien ganado prestigio, realzado oficialmente, diríamos, por los premios que su labor de artífice ha conquistado, en diferentes certámenes públicos; como veréis en las páginas que siguen, el cuentista exorna con esos gajos de frescos laureles el libro que hoy os presenta.

Con el nombre de **Cromos** ha bautizado Jinesta su colección; me parece a mí que el nombre dice bien no sólo con la brevedad sino también con la índole de estas amables lecturas, porque, sobre ser obra de cuidadoso primor, aparece en ellas la "realidad imaginaria" en que se trasluce un aspecto de la vida que, con todo y presentarse como un aspecto, ha surgido de allá, de lo hondo: esto hace que los cuentos de Jinesta no sean un simple juguete literario, con lo cual ennoblece su difícil oficio de cuentista, porque, después de todo, lo que importa grandemente en las letras, si se quiere efectuar labor útil, consiste en poner el arte al servicio del pensamiento. Así, pues, quien lea estos sencillos cuentos espere saborear en su lectura, juntamente, lo ameno y lo provechoso.

Justo A. Facio

Persiflage

Defensa de don Justo A. Facio

= Colaboración directa =

Para el egregio humanista Doctor don *Pedro Henríquez Ureña*, admirador del poeta Justo A. Facio, con la seguridad de que el hombre era también admirable y uno de los pocos individuos a quienes debemos estudiar a fondo.

Recuerdo haber hecho el elogio de la máscara. Ahora digo que, sin dejar de ser cierta ni una sílaba de aquel **persiflage,** conviene que de cuando en vez quienes somos enmascarados confesemos el rostro verdadero que nos dió la vida. No para que nos conozcan mejor —¿a quién le importa conocer a nadie?— Mi proposición es para que no se llegue, como con las caras verdaderas, a detestar a las que son invención pura y sobre las que no debe recaer odiosidad ninguna. Quiero decir que Persiles, yo, ficción íntegra, no puede en forma alguna justa ser juzgado culpable de los pecados de la carne, puesto que Persiles es incarnal; y aquella lectora que tanto pudo haber aprendido de mí pero que nada aprenderá pues no me lee, habiéndome acusado y condenado de inmoral, erró grandemente. Pecó, me atrevería a decir, el pecado imperdonable, que es contra el Espíritu Santo.

No defiendo el seudónimo. La máscara es enteramente distinta. En el uso del seudónimo no hay misterio, aún cuando con frecuencia exista el secreto. La efectividad del seudónimo estriba en que esconda personalidad. Pero máscara como Persiles tiene su virtud es exactamente lo contrario, puesto que, en vez de ocultar, revela. Cada uno de nosotros lleva dentro multitudes. El egoísmo ambiente, la necesidad que es multiforme y todopoderosa, las convenciones sociales que son engendro de la necesidad y del egoísmo, nos obligan a escoger una personalidad sola de entre las muchas que individualmente somos, enmudeciendo, cegando, ensordeciendo y entumiendo a las demás. De ese modo nos volvemos raquíticos de espíritu como a hermosa planta de jazmín a la que se le arrancaran todos los troncos, menos uno. Y, peor aún que volvernos raquíticos, renegamos de Dios. Es curioso que, a la vez que proclamamos ser creados a imagen y semejanza del Creador, insistamos en ser una sola persona quienes bien enseñados hemos aprendido a creer en la Santísima Trinidad. Lo que llamo la máscara, pues, es el misterio santo de nuestra multiplicidad manifestada en símbolo.

Me parecía necesario el pequeño prólogo a comienzos del nuevo año y movido como estoy a contar que nos hemos vuelto a reunir, la última noche del año triste que pasó, el viejillo Gissing, su fiel y desdentada Maruxa Castro, el clavel moreno y yo. Gissing propuso que vertiéramos las primicias del vino de la fiesta para humedecer los labios de aquel otro viejillo vigoroso e ilustre que fue tan rico en personalidades y a quien le amargaron tantas veces la vida queriéndole obligar a una única e íngrima personalidad: Don Justo A. Facio. Y como el rito sencillo y primitivo le pusiera dos grandes lágrimas en los ojos al clavel, recordé que alguna vez tuve celos de don Justo.

—Oí,—la dije,— ¿nunca de veras te halló en playa de plata, sirena impúber vos, sirenita morena, y él Proteo mismo, el Viejo del Mar?

El clavel se echó a reír. Bebimos todos y comenzó la fiesta. Habíamos bebido mucho cuando el viejillo Gissing abrió sus libros e hizo su discurso. Dijo así:

"Sería grave falta de cortesía si, habiendo invitado huésped, en lo mejor de la fiesta le olvidáramos. Justo es nuestro huésped hoy. Permitid que ocupe el centro de éste regocijo y que yo haga su elogio".

El viejillo Gissing aprendió a los discursos **en los banquetes,** en el propio Platón. Por demás está decir que hasta los benditos Rotarios tienen la misma costumbre. ¿Quién va a banquete de Rotarios sino a oír discursos? Ahora, que en banquete de Rotarios lo que se oye generalmente no vale la pena, o da mucha pena.... El discurso de Gissing, en cambio, fue notable.

"Los viejos liberales", dijo, "han celebrado su fortaleza de ánimo demostrada al rechazar con entereza varonil a la vez que con aquella cortesía incomparable que fue su mejor adorno, el ministerio del confesor. Esa última lección del maestro no debe pasar desapercibida. A mi juicio, probó la pureza de su alma. Si pecado alguno hubiera pesado sobre él, tened por cierto que Justo hubiera descargado su conciencia. Eso, en cuanto a él toca. En cuanto a nosotros que fuimos, en cierto modo, sus discípulos, nos ha enseñado que es posible haber liberación de una de las más crueles cadenas que la Edad Media forjó para los hombres.

"Durante la Edad Media, y aún en tiempos de los griegos y romanos, era escasa, o del todo no existía, la noción de progreso que hoy tenemos. Podría haber mejoras, en detalle. Podían los hombres llegar a ser más sabios y buenos, o más ignorantes y perversos; pero todo sobre la base de que, en lo general, el orden, en lo social, en lo económico y en lo religioso, no podría cambiar nunca.

"Especialmente fue ello así en la Edad Media. Durante aquellos siglos la finalidad única del hombre era asegurarse el cielo y huir del infierno. La vida era revoltoso río en el que los hombres habían sido arrojados, y alcanzar, con la ayuda de Dios, la ribera segura, era el único fin de la vida que era dado concebir. No había tiempo en aquel entonces en que se vivía, dígase lo que se quiera, más aprisa que ahora,—digo se vivía, no se movía,—para ponerse nadie a considerar si era posible, desviando las aguas de su lecho por concertado esfuerzo social, hacer amable y útil la corriente que nos arrastraba a todos.

"El mundo era lugar,—Valle de Lá-

(1) «La épica inexhausta y proteiforme de nuestro tiempo es la novela, orbe maravilloso donde cabe todo el infinito de la imaginación y todo lo infinito de la realidad, con su abreviada imagen= el cuento, que es una novela menor, más alada, más leve, más primorosa ...»—José Enrique Rodó.

grimas, que es expresión medieval,—del cual lograr escape en las mejores condiciones. En nuestros propios días esta noción estática de la sociedad cede sólo a regañadientes. Aún no hemos asimilado la noción del cambio vital inevitable, noción que confesamos con los labios pero a la que, en nuestros corazones le hacemos constante resistencia. Hemos aprendido a respetar sólo a una clase de innovadores fundamentales, a los que se dedican a la ciencia natural y a sus aplicaciones. Recordemos que ni a éstos se les respetaba hace pocos siglos sino que se les perseguía y quería abolir a sangre y fuego. Para el innovador social somos energúmenos torquemadescos.

"El teólogo de la Edad Media creía saber que el hombre era, por naturaleza, vil. De acuerdo con el poema épico del cristianismo, el hombre nacía manchado, heredero de la culpa de sus primeros padres, y, en cuanto tenía uso de razón, a esa falta heredada añadía innumerables otras, ennegreciéndose el alma. Para lavarle la mancha primera y obtenerle perdón para las subsiguientes, la Iglesia fabricó intrincado mecanismo. Lavar el pecado original y perdonar los otros pecados era, ostensiblemente, la primordial ocupación de la Iglesia.

"No hemos avanzado mucho fuera o lejos de esa actitud para que resulte enteramente ocioso preguntarnos aún si el hombre es malo por naturaleza. Creo que fue Charron, amigo de Montaigne, el primero en decir palabra buena a favor de la naturaleza humana. Cien años más tarde, y es como quien dice ayer. Shaftesbury, el amable Shaftesbury, indicó algunos rasgos nobles de la especie. Para quienes seriamente estudian biología y antropología,—no, por Dios, lo que se estudia en nuestros malhadados Colegios!—el hombre no es ni malo ni bueno. El **misterio del mal** ha dejado de serlo. Pero la noción medieval del **pecado**, noción recargada de misticismo, aún nos confunde.

"El impulso humano que ocupó el mayor lugar en el pensamiento medieval acerca del pecado, fué el impulso sexual. Las presuposiciones medievales en materia de las relaciones sexuales las hemos traído a nuestros días. Son ideas de reciente origen, si las comparamos con otras que hemos derivado del pasado. Los griegos y romanos eran primitivos en cuanto a su manera de mirar esas relaciones. Ni siquiera los filósofos se ocupaban mayor cosa de tales cuestiones. Algo se dijo en Atenas sobre los derechos de la mujer: Aristófanes satirizó el movimiento; a Eurípides, que lo defendió, las mismas mujeres le hicieron feroz guerra. Platón, en **La República**, como que quiso atacar las nociones que entonces prevalecían acerca de la familia y de la posición de la mujer. Pero con eso y todo, bien poco hallaremos en los escritores clásicos que nos predique la pureza sexual tal y cual ahora la entendemos. Los filósofos estoicos, lo mismo que todo viejo prudente de todo tiempo, se manifestaban satisfechos con sólo juzgar de calidad inferior los goces sexuales. Fue el cristianismo lo que, consciente o inconscientemente, tomando nociones judías, desenvolvió las nociones que aún tenemos al respecto y nos saturó de ellas.

"San Agustín, que había vivido con amplísima libertad cuando en Cartago y en Roma enseñaba retórica, llegó a creer, cuando luchaba por vencer las tentaciones de su juventud, que el deseo sexual era el más diabólico de los enemigos del hombre, y la señal más cierta de su degradación. No podía imaginarse que hubiese en el hombre, en su estado perfecto, esto es, en Adán y Eva cuando habitaban en el Paraíso, urgencia tan irrefrenable. Con la caída del hombre apareció el deseo sexual, como indicio y sello del rebajamiento humano. En su **Ciudad de Dios** expone de manera lacerante esa teoría. El libro XIV de esa obra deben de haberlo leído y releído los monjes con dolor muy sutil, meditando acerca de pecado tan grande por huir del cual habían buscado refugio en el convento.

"En verdad se ha dicho que con San Agustín se inició una época. No es derogatorio para tan grande varón confesar, quienes esa época hemos vivido, que ella ha sido de mucho dolor innecesario. Frente al nuevo año, amigas y amigos, ¿cuál deseo podemos formular mejor que el de librarnos de cuanto es tortura y prisión en la enseñanza que San Agustín representa?

"Demos un paso más hacia la liberación del hombre, que aún cuando nos apartemos de San Agustín nos acercaremos así a su Ciudad luminosa y a Uno más grande que él. Y que para ello nos sirva de ejemplo y guía ese nuestro maestro, en cierto modo, que supo morir serenamente negando la existencia del pecado y a quien en este instante de regocijo he querido elogiar".

Mientras el viejillo Gissing devolvía a los estantes los libros de los que a veces en su discurso parecía leernos párrafos, o glosarlos, el clavel moreno halló valor para lanzar una protesta:

—Ah,—exclamó,—pero todo cuanto se diga no quitará que hayan sufrido por él!

—Sí,—respondió Gissing.—Pero hablamos de pecados, de manchas del alma que la confesión podía borrar... Sufrimiento hubo mucho. Justo también sufrió.

Dieron las doce. De lejos nos llegaban los ruidos de San José. Nos abrazamos todos con emoción. El clavel se me quedó prendida:

—Decime,—me dijo,—pero decime la verdad, ¿aquella noche cuando me besaste la primera vez, sufriste mucho?

No sé que le iba a contestar. Frente a la verja occidental del Cementerio me sentí solo, solo, solo. Del oriente, sobre las tumbas, me llegaba un viento más frío que el de la ciudad. La Avenida de palmas hacía en sus banicos un ruido como de crujir de huesos. Había ido a San José esa noche, pero tan honda tristeza se apoderó de mí que, no pudiéndome embriagar ni con mezclados tragos de cognac, de whiskey, de cerveza y de ajenjo, que decidí ir a ver a los muertos. En el camino topé con el viejillo Gissing, su fiel Maruxa Castro, y el clavel moreno. Esto es verdad. Andaban los tres buscándome. Por cierto que cantaban goliárdico ritmo:

Meum est propositum in taberna mori;
Vinum sit appositum morientis ori...

Persiles

Heredia, Enero, 1932

Fragmentos

(Viene de la página 2)

no italiano, comprados con dinero, sino como expresión de su vida interior, como la casa del caracol, hecha de vida y de recuerdos. Esta misma descripción de mi casa colonial, más que una descripción, es toda una doctrina, como se ve: es la que informa este libro o sermón caritativo, que quiere hacer amable lo propio, sin odio a lo ajeno y sin envidia; que ofrece algún bienestar a quien con recto corazón lo lea.

Mis árboles

Pero si mía es la casa, lo son, sobre todo, los árboles que allí he plantado, y regado, y defendido de las abominables hormigas. Sí, muy trabajadoras y ahorrativas, las hormigas; son pueblos industriales y fuertes, los hormigueros; naciones conquistadoras. Pero no son los cultivadores de frutos y legumbres, a buen seguro, quienes les consagran fábulas apologéticas, con menoscabo del honor de las cigarras cantantes. La inerme cigarra no atesora, efectivamente; vive sólo de sol, sin quitárselo a nadie, como vive de sombra y de humedad el sapo, criatura también buena, y amable y musical, objeto constante, sin embargo, de desprecios y persecuciones de lo más injusto que conozco, por parte de los muchachos, sobre todo, sin duda porque no corre ni muerde. Ese pobre sapo es, como la cigarra, inofensivo, indefenso, benéfico; su voz de oboe coreada por las castañuelas de plata de las ranas que piden agua o la agradecen al cielo, y por el trémulo grito de los grillos, es una de las voces respetables de la naturaleza; hay un momento en ésta caracterizado por la voz del primer zorzal, y lo hay señalado por la del primer sapo. Son dos notas fundamentales de la grande orquesta. La misma enigmática figura del sapo, aunque lo vemos generalmente en cuclillas, en actitud de ídolo suplicante, no carece de cierta dignidad. Muy pocos le han observado los ojos resignados y pacientes; que, a haberlo hecho, no lo mirarían con tanto desvío y antipatía. Bien pudiera ser un ente superior, un príncipe convertido en fea bestia, en castigo de algún pecado de amor impuro, el desventurado sapo.

Hay entre esos mis árboles algunos de singular mérito; los **ombúes** que allí tengo, por ejemplo, ocho o diez, son

magníficos. El **ombú**, dicho sea de paso, es el árbol que yo prefiero, no sólo por ser el que con más pasión se abraza a su madre, y madre mía, la tierra en que ambos nacimos; no sólo por su opulenta forma, sino porque no se come; no despierta apetitos; no es maderable; ni siquiera sirve para el fuego. Pero nos da sombra, el mejor fruto del sol, nuestro mejor amigo: sombra.

No es esto decir, claro está, que yo no estime en lo que valen los árboles frutales que allí cultivo; los perales, pongo por caso. Los hay, plantados por mí, que han producido hasta una docena de peras, y aún más, perfectamente maduras, como hay higueras que han dado sus higos, y algunas palmas con su gran racimo de cocos, que, si bien un poco agrios **(cocus campestris),** tienen una piel amarilla azucarada, muy buscada por las avispas.

No pueden faltarme las flores, por supuesto; pero, para no caer en prolijidad de mal gusto, sólo mencionaré las enredaderas, cuyas campanillas azules se abren por la mañana, y se cierran cuando anochece. Las madreselvas, sin embargo, que respiran en las tardes de verano y las llenan de olor a miel de aljas, deben ser aquí también recordadas, porque son, para mí, las flores por excelencia. Y mucho más cuando su olor se mezcla al de los jazmines. Hablo de los del país, de los jazmines blancos, de los fríos que vuelan en la planta, y que parecen estrellas de muselina; no de los llamados del Cabo, carnosos, neurálgicos, casi comestibles.

Las tardes realmente bellas son esas: las que huelen a madreselva; por ellas he llegado a creer en este nuestro pobre sentido del olfato, tan desacreditado por algunos. Y no hay para tanto. Que si bien está en lo cierto quien afirma que ese sentido tiene mucho de contacto material, y no la pureza de la vibración sonora, no es tan irracional como pudiera creerse la analogía entre una ráfaga de madreselvas y una melodía de Bellini, que, al caer de la tarde, sale, de un piano desconocido, por una ventana abierta en lo alto. Yo concibo perfectamente un poema hecho de olores; el de la madreselva me trae vuelos de risas en el aire, voces de niños que juegan antes de irse a dormir; el de las azucenas parece cantar la Salve en mi memoria, como una voz de armonium.

Juan Zorrilla de San Martín

Bibliografía titular

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciban de los Autores y de las Casas editoras)

Siguen las casas editoriales españolas interesadas en anunciar sus ediciones en esta importante y muy leída sección del *Repertorio Americano.*

Hemos recibido en estos días de la Editorial Cervantes (Avenida 14 de Abril, 382, Barcelona):

Los tomos I y II de *El Capital,* de Carlos Marx, versión española de Vicente Clavel. Ambos tomos tratan de *El proceso de la producción del capital.*

El tomo III y último de *Los Karamázov,* de Dostoieuski. Según la traducción directa del ruso de Nicolás Hartong, profesor de lengua rusa en la Universidad de Barcelona.

Mister Whisky, mi rival (Novela), por Lucio d'Ambra. Traducción directa del italiano por Agustín Eclasans.
Es el tomo II de la "Colección Universo".

═══

La Editorial Cenit, Madrid, nos ha remitido:

Alexis Tolstoi: *El secreto de los rayos infrarrojos.* (Novela). Traducida del alemán por Eloy Benítez.
En la serie "Novelistas Nuevos".

Otto Heller: *Siberia, una nueva América.* Traducido del alemán por Piedad de Salas Lifchuz.
Colección: Razas, países, pueblos.

Egosn Erwin Kisch: *El Paraíso Norteamericano.* Tradución directa del alemán por Luis López Ballesteros y de Torres.
Colección: Las realidades del capitalismo.

═══

La Editorial Araluce (Calle de las Cortes, 392. Barcelona) nos ha favorecido con estas obras:

Arnold Hand: *Aumento de la capacidad intelectual.* Métodos científicos para desarrollar la capacidad intelectual.

En tres tomos, la obra: *Del aguila del Zar a la bandera roja,* por el general P. N. Krasnow. Contenido del tomo I: *Génesis de la Guerra.* Del tomo II: *En Plena Anarquía.* Del tomo III: *La Revolución Soviética.*

Ezequiel A. Chávez: *Ensayo de psicología de Sor Juana Inés de la Cruz* y de estimación del sentido de su obra y de su vida para la historia de la cultura y de la formación de México.

═══

En el tomo II de *Los años de aprendizaje de Guillermo Meister* (en la "Colección Universal" de Espasa-Calpe, Madrid) dice Gohete:

Ya conocéis el incomparable *Hamlet* de Shakespeare por una lectura, que con el placer más grande, os hice ya en el castillo.

———

Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en ediciones próximas.

In memoriam...

(Viene de la página 3)

fué por estas ansias promotoras. Al Ministerio de Educación Pública volvió tarde cuando sus fuerzas ya estaban cansadas como ha ocurrido amenudo con tantos funcionarios, que fueron capaces y jóvenes, en el andar asmático de la historia costarricense. En sus preocupaciones literarias y docentes siempre hizo gala de estar al día, con lo que dió un ejemplo saludable a los rutinarios. Por eso los jóvenes de todos los tiempos le hallaron, como ellos, juvenil y acogedor.

Ardió en amor de servicio al prójimo; por eso también le gustaba el mando, por eso muchas almas agradecidas hoy deploran su ausencia, como de hermano, como de padre bueno.

Inscribamos el nomber de don Justo A. Facio en la piedra miliar de los amigos, colaboradores y protectores, que todo eso fué, de este semanario.

g. m.

Dicbre. 1931

———

A los 73 años de vida ha muerto uno de los educadores más destacados de nuestra América. Creemos que a don Justo A. Facio le corresponde lugar eminente entre quienes, en los países de la América Latina, han hecho verdaderos esfuerzos por definir e impulsar una educación nuestra. Toda su vida estuvo llena de esa preocupación. La educación fué para él cosa por excelencia con que llenar los días, y en su devoción por sus problemas le dedicó a esa actividad, además de los días, las noches. Fué un trabajador imposible de cansar, y la primera vez que confesó fatiga, fué para comenzar a morir. Y aún moribundo, siguió trabajando. Tarde, muy tarde, el país le confió a él la dirección suprema de la enseñanza, y él tenía prisa de hacer completa su tarea antes de que la tumba le arrebatara. El esfuerzo le costó la vida. De haber seguido camino trillado, de haberse preocupado menos, es dable decir que aún viviera y se regocijara entre los vivos. Pero no era ése su temple. Toda su vida la había dedicado, en cuanto a actividades intelectuales, principalmente a formularse y a resolver en su mente las múltiples problemas de la educación. Y cuando al fin le fué otorgado poder para hacer, en el ocaso patente de su vida, el empeño que puso en realizar de golpe su obra vino a agotar sus fuerzas por completo.

Murió, pues, al pie de la trinchera, como quien dice. Murió en plena actividad. De sorprendente mentalidad fuerte, ya comenzaban los estertores de su agonía final y aún conservaba íntegras sus facultades racionales. Murió vivo, porque hay,—la mayoría,—quienes antes de morir ya han dejado, en cierto modo, de vivir. El no. Esa entereza de vigor fué su rasgo más característico siempre. En los círculos de nuestra enseñanza oficial esa entereza de vigor hará gran falta. Casi se desespera de poder hallar con quién suplirla. Sería necesario una reunión en liga santa de todos aquellos que a don Justo A. Facio supieron comprender y querer, para encargarse de que la pereza y la mezquindad y el estrecho criterio, tan abundantes en nuestro medio como en todo medio de la tierra, no destruyan su labor de don Justo, que tiene derecho a esperar que dé fruto antes de sufrir cambio sustancial ninguno.

Para entender bien esa proposición, conviene tener frescos en la memoria estos conceptos de don Justo que escribió en julio del 1929:

"Existe hoy en todas partes un no di-

simulado sentimiento de prevención contra la democracia; según sus impugnadores, carece la democracia de visión y de empuje como elemento orgánico de cultura, ante la cual se muestra por lo común insensible; hácese, en cambio, agente de reivindicaciones que tienden a perturbar el orden social establecido; no hace otra cosa que equivocarse cuando, ya en el ágora, se entrega al tejemaneje de sus funciones cívicas; es la tesis ha largo tiempo manoseada por las tiranías providenciales; con tales argucias defienden sus actos de fuerza los conculcadores del derecho. Hay verdad, con todo, en cuanto a que la democracia carece aún de suficiente cultura cívica; esto no confiere autoridad a ningún gobernante para asumir el ejercicio ilimitado y sin control de los poderes públicos; presidido por un gobernante honrado y respetuoso, el régimen de la república funciona en cualquier parte, mal que bien, con la concurrencia de la democracia: sea ejemplo el de aquí; lo que a un gobernante generoso y previsor le incumbe es difundir cada vez más, en la órbita de las posibilidades extremas, los conocimientos, nada profundos, al fin y al cabo, que la democracia ha menester para completar la educación cívica".

Con tal tesis de fundamento, propuso don Justo A. Facio las reformas que implantó a poco de asumir, hace un año, la Secretaría de Educación Pública. Esas reformas, que a muchos no gustaron, pocos se atrevieron a combatirlas abiertamente porque sabían que con don Justo de contrincante se verían obligados a descubrir ellos mismos cuando no su egoísmo, su ignorancia. Ahora que don Justo ha muerto, ya veremos como salen de sus escondites los pusilánimes que quisieron destruir su obra. Sobre la tumba recién abierta de don Justo, pues, como el mayor y más cumplido de los homenajes que le podemos rendir, hagamos votos los que tenemos fe en la educación y empeño en que esa fe no sea burlada, de no permitir que los planes de don Justo sean alterados antes de que los veamos rendir fruto.

Al caído general de los ejércitos de la luz en la guerra contra el oscurantismo, podremos entonces decirle: ¡Duerme, que tus soldados velan!

Salomón de la Selva

San José, 26 de diciembre, 1931.

El oro sepultado

= De *El Espectador*. Bogotá =

Sociólogos y simples comentaristas del angustiado vivir de nuestro tiempo, están acordes en discernir muchos signos que lo aproximan a la Edad Media. Estos signos, estos estigmas, son visibles, a su juicio, en todos los órdenes de nuestra actividad, actividad recurrente sin duda alguna. Las afirmaciones que tienden a lo paradójico, o lo parecen a pesar de la preocupación por huir tal modo, algo desprestigiado, no deben aceptarse sin rígido control. La zozobra del momento es eminentemente cierta, la sentimos en el temblor de nuestra carne y en la perplejidad de las almas. Lejos, pues, de toda ficción literaria, de toda insincera contorsión, precisa que cada hombre desde su especialidad, contribuya seriamente al análisis de los factores que nos envuelven y subyugan. Yo estimo de mayor importancia la obra crítica que la constructiva, por la simple razón de que los edificios mal cimentados obstruyen con sus escombros los caminos del porvenir.

Y bien:

La reciente publicación en un gran diario británico de una descripción de los depósitos de oro del Banco Central de los Estados Unidos, arroja un chorro potentísimo de luz sobre el concepto que enuncié. Sí, vivimos una época de fanatismo fetichista, de idolatría helada y cruel. Regresamos al ambiente de misterio y de tiniebla que fué como la atmósfera propia de los tiempos más oscuros. El oro frío, lívido, inerte, duro, el oro que no circula, que no brilla bajo la luz del sol, se acumula allí, a muchos metros debajo de la tierra y del mar, sin que nadie se atreva a infundirle vida, a trasformarlo en pan, en sangre, en felicidad. Sepultado en los sótanos, con la trágica emboscada de un tumor, se dijera que intoxica las mismas entrañas del planeta, y que sus emanaciones, filtradas por los muros de granito y de acero, envenenan el aire respirado por los pobres hombres que hacen, con igual inconsciencia, el papel de amos y el de siervos.

Custodian la tenebrosa catacumba, de día y de noche, como autómatas, sonámbulos, los agentes que gozan fama de ser insuperables tiradores de pistola, dice la crónica. Y esos seres frágiles, insignificantes, cuya fugacidad y pequeñez se intensifican cerca del innumerable tesoro que guardan, de la magnitud colosal de las seguridades que los cercan, son la mejor imagen, por reducida, justamente, de la humanidad contemporánea, hipnotizada, prisionera, muda, dentro de una red de mitos y palabras. Tras de una dilatada correría por los campos de la investigación, desmenuzando tesis, sistemas, concepciones; disociando todas las ideas; haciendo la penetrante disección de los dogmas y derribando altares que estaban nimbados por aureolas de milenios, las multitudes recaen, sin saber cómo, en el éxtasis beato de las primitivas ignorancias, y se arrodillan ante un trozo de metal como en los tiempos de sus primeras apostasías. Hasta coinciden en la negación del espíritu y el endiosamiento de la materia, es decir, que la Edad Media, mística ante todo, se cierne todavía en alturas que no escalarán los idólatras de hoy.

El oro enterrado, exactamente como lo enterraban la codicia y el miedo individual hace siglos, es egoísmo que cristalizó para siempre. Representa el blindaje de los intereses de casta contra los posibles ataques de las nuevas tendencias económicas. Es un aislador para que no llegue a la sensibilidad de los poseedores, la emoción tumultuosa de los que no tienen. Y así el oro, ese metal puro, cuya inocente preciosidad lo llama para ornato de la vida y recreo de los sentidos, se convierte, más acentuada y agresivamente que nunca, en símbolo de opresión, de injusticia, de inhumanidad. Si el hombre, en el libre juego de su acción, crea todos los días riqueza; si el Estado no ha de tener misión distinta de la de un administrador y distribuidor equitativo, estas acumulaciones monstruosas, inverosímiles, superiores al guarismo y a la imaginación, no pueden estar llenando funciones normales. Son la teratología del ahorro, el extravío enfermizo de la noción económica. El oro así amontonado, sólo representa capacidad destructora. Amarillo como la muerte, lo verá el poeta de América en aquella canción de ira y de justicia.

No parece que hayan de subsistir mucho tiempo estas contradicciones de nuestra civilización decadente. Miseria, dolor, incapacidad de adquirir los consumos esenciales, de un lado. Del otro, dentro de cada nación, montañas de oro dormido, de oro imposible, congelado, que no sirve para nada. No alivia, no cura, no protege, sino que emite un fulgor sombrío desde su cripta inaccesible. Estos hacinamientos de metal, que serán implacablemente castigados en el infierno de la Historia, y que nuestros descendientes no comprenderán, son el signo que cifra la mentalidad de una época. Ya aún los peores sordos perciben los crujidos del podrido andamiaje. Empero, todos los continentes se afanan sólo por aumentar, guardar y sellar sus reservas de oro, bajo muros de hierro y de cemento, defendidos por ametralladoras. Sin embargo, no está demostrado que la muerte sea menos pavorosa sobre un lecho de duros lingotes.

Armando Solano

Burdeos, noviembre de 1931.

Geografía de Proserpina

= Envío del autor =

Lúcido signo de una grata realidad vino a ser para nosotros la visita de **Proserpina Rescatada** y **Retrato de Mr. Lehar** — novelas que el mexicano Jaime Torres Bodet publicara tiempo atrás en "Revista de Occidente"—reunidas hace poco en un volumen editado por la Espasa-Calpe, en Madrid.

Nuestro reciente y desgarbado desembarco en tierras literarias, nos permitió apreciar, en algunos de sus habitantes, ciertas expresiones verbales—indistintas y adversas—hacia el Torres Bodet poeta y el Torres Bodet amigo. Nuestro desconocimiento personal del hombre censurado, nos pone a cubierto de animosidades que enturbien la simpatía admirativa que nos merece el terso y tenso novelista que hay en él. Por otra parte, los mismos escritores que guardan reservas para el poeta y el amigo, reconocen en ese punto—explícitos y ecuánimes—su limpio valer.

Dejamos arriba, divagando, cierta alusión a un signo. Creemos que el libro—con su agilidad, su rico estilo, su honda gracia—proclama por sí mismo, sirviéndose de voces persuasivas, un valor estimabilísimo—quizá definitivo—en el sector de nuestros novelistas mexicanos animados por la intención moderna. En Torres Bodet hay pulcritud, cultura, desenfado. Las páginas de **Proserpina** son pródigas en manjares de lento gustar. A través de tiempo y latitud, pueden incorporarse a la unidad eslabonada de los más acendrados decires de Giraudoux, Larbaud, Salinas, Jarnés... (¿No resulta propio conceder amnistía de referencia a Proust, siquiera en esta ocasión incidental?)

El adjetivo es, en Torres Bodet, dúctil arcilla para trabajar perfecciones y armonías lineales: "...este cuerpo vacío, tendido ya sobre el lecho, en la sombra, con la elegancia difícil de un viejo cadáver". Abriendo el libro por cualquier parte, sólo encontramos esta muestra de arquitectura funeral y yacente; pero abunda y domina la otra, erguida y luminosa. Con recursos discretos y sobrios, el autor acertó en la definición anímica de sus personajes. Enmarcados en nuestro ambiente, como lo están, quizá se les encuentre ceñidos de exotismo; pero, en rigor, el buscar no se tornaría afanoso al intentarse el hallazgo de una Proserpina, entre el gremio femenino estudiantil de nuestras facultades profesionales—y un Mr. Lehar entre los rebaños de caballeros excéntricos y rubios que patrocinan el turismo de México.

Torres Bodet ostenta, bien visible, fino matiz cosmopolita. Sucesos, reacciones, sugerencias, con singular reiteración se ensamblan, en su obra, con objetos, alusiones o determinantes geográficos. Sin duda, esa rama apasionó a nuestro autor en los años mozos. Opinamos que fué provechosa influencia. La geografía desenvuelve el instinto comprensivo, la amplitud, el ansia viajera. Posiblemente, a tal predilección deba mucho. Torres Bodet en el capítulo de su proceso formativo intelectual. Una muestra de que la afición pervive en él, la encontramos—exacta y elocuente—en las imágenes y descripciones alusivas que contiene el libro evocado:

Página 12: "...mis manos de hombre, con sus arrugas conocidas, sus cicatrices, su tacto y todas las líneas de mi destino distribuídas, como los ríos en un mapa, sobre la geografía de la piel".

Página 33: "(Ponía)... la curiosidad de un geógrafo en perseguir el curso de cierta arteria profunda a través de las latitudes de la carne".

Página 71: "En la primera lámina—un hermoso mapa a colores del cuerpo humano—había señalado los nombres de ciertos órganos con substantivos helénicos. Para dar al conjunto un aspecto más verosímil, de verdadera carta de navegación..."

Página 76: "Mi pasado, en el mapa, dibujaba la forma de una inmensa cadena de reloj".

Página 78: "...las capas geológicas de la belleza..."

Página 79: "...mujer cortada en dos partes, como la Tierra, por una línea geográfica pura, por el Ecuador".

Página 97: "...la idea geográfica de encontrarse al nivel del mar, a dos mil metros de profundidad de la altiplanicie..."

Páginas 98-99: "Coronado de gorras, de sombreros de fieltro, de cabezas menudas de dactilógrafas, el río de los transeuntes se disgustaba de tropezar en ese islote de pereza, de ocio, de silenciosos recatos que le oponía nuestra inmovilidad".

Página 100: "...abandonados a la corriente del tráfico..."

Página 103: "...aquella voz marcaba una frontera. Su temblorcito profundo dividía la tarde en dos hemisferios hostiles..."

Págin 114: "...como el contacto del termocauterio en el litoral de una cicatriz".

Página 115: "...una delicia abstracta, inerte, del color mismo del clima de que la ciudad había amanecido..."

Página 118: "El cuadrante para precisar las situaciones geográficas de los barcos junto a la cesta de las galletas..."

Página 140: "...ese pequeño lunar azul junto al istmo de la muñeca izquierda, principio del brazo sin enigmas, en cuya islita..."

Página 142: "Las coloqué sobre

(Pasa a la página 16)



Jaime Torres Bodet

PROSERPINA, MITO CONTEMPORANEO

= De *Crisol*, Madrid =

I

Los dioses vuelven siempre a nosotros, unas veces de la mano de un pontífice — del mismo que pretendió derribarlos — y otras de la mano de un poeta — cuyos antecesores fueron, en definitiva, los creadores de toda divinidad—. Por eso, después de invernar algún tiempo en las sombras vuelve a nosotros Proserpina.

Renació el arte porque los dioses renacieron; renacerán cuantas veces el poeta retorne a las auténticas "fuerzas vivas" del universo, a las antiguas vehemencias cósmicas por quienes arde la espiga y el sol y se remecen las ondas. La Mitología es todo lo contrario de una religión en desuso; es una religión en activo, en plena y eterna actividad, puesto que es el idioma vivo donde encuentra su magnífica expresión la multiforme dinámica del mundo. Cada término de este idioma representa algo más que la fábula de un dios o de un héroe; representa acaso una de nuestras mismas reacciones ante el ciego azar, dueño y señor de nuestra vida. Es un idioma donde el más oculto latido humano tiene correspondencias de un valor poético invariable. Un antecedente poético imborrable en la tabla de valores del espíritu.

Idioma que traducen al lenguaje corriente de hoy unos pocos de los mejores prosistas contemporáneos; entre ellos, Jaime Torres Bodet, cuyo eminente lugar en las letras está ya suficientemente acreditado por sus anteriores libros. ("Destierro", en verso, y "Margarita de niebla" y algunos otros, en prosa). O bastaría para acreditarlo la lectura del reciente "Proserpina rescatada" (1) que acaba de aparecer.

II

No hay aquí espacio para detenernos en lo que podría llamarse "elementos de transporte" del conocido mito a una desconocida anécdota moderna. (Baste decir que Proserpina es, en el libro, no la hija famosa de la lloriqueante Ceres, sino Dolores Jiménez, cultivadora de las ciencias ocultas, que lee a Krishna-Murti y — doctora en Medicina —frecuenta el trato de cadáveres.)

(Pasa a la página 16)

(1) Jaime Torres Bodet: *Proserpina rescatada*. Espasa-Calpe. Madrid. 240 pgns. 5 pesetas.
Precio en Costa Rica: ₡ 5.25. Pídala al Adr. del *Rep. Am.*

La odisea de un novelista

= Envío del autor =

Mariano Picón Salas es el novelista más representativo de la tragedia civil de Venezuela. Sin la intensidad ni el patetismo de Pocaterra, el terrífico relatador de peripecias dantescas y de tragedias brutales, lo aventaja por su técnica nueva, por su concepto audaz de la novela, por la raíz poética de su prosa.

La literatura venezolana es tremendamente romántica. Ni el propio Pocaterra se desprende de tal caparazón, que le da un colorido arcaico a muchas páginas que salvará el hondísimo acento doloroso. Nadie se escapa en Venezuela del imperativo civil. Colombia está llena de venezolanos, hasta el extremo de que en Cúcuta, pueblo fronterizo, hay más deportados voluntarios o reales que habitantes nativos. En París se hallan los criollos de abolengo, los rígidos **patiquines**, en cuyos cenáculos pontifica sobre mundología la señora Teresa de la Parra. Por fin, en el vasto continente americano, sobre todo en las universidades yanquis, permanece la flor de la juventud venezolana al aguaite de la tierra abrumada por el despotismo más brutal que recuerda la historia.

Picón Salas, nuevo Ulises de cultura humanística, experimentó la odisea que en su novela entrega más de un secreto nativo.

Ha preferido para hacerla una nueva técnica de planos superpuestos, donde, poco a poco, se justifica históricamente el advenimiento de Juan Vicente.

Primero fué Venezuela un sitio de porfiadas luchas hasta que un régimen civil conservador de hombres letrados y jurisconsultos, reemplaza a los padres de la patria. De paso diremos que, en América, los padres de la patria fueron tentados por la autoridad y solían terminar sus días como arbitrarios mandones que se colocaban bandas presidenciales sobre los andinos ponchos y los raídos uniformes que marcó el balazo español.

Picón explica admirablemente la manera propia de su libro al decir, en el prólogo, que le agradaría verlo leér **de adentro hacia afuera.** Y eso es lo mejor que podemos hacer al penetrar en esta apretada área de pasión cuya fibra americana es inconfundible. Picón prefiere a la crudeza y al dramatismo tendencioso de Pocaterra, romántico de origen como su actitud vital, una postura que podría definirse como la **geografía lírica del trópico.** Los planos del relato sucédense en tal forma que llegamos sin sentirlo al riñón político y a la medulosa pasión del cuadro inicial.

Relación con las Antillas tiene algo barroco, propenso al costumbrismo, pero sin el costumbrismo.



Mariano Picón Salas

Carta a Rómulo Betancourt

Santiago de Chile, 25 de Julio de 1931.

Señor don Rómulo Betancourt,

San José de Costa Rica.

Mi estimado compañero: No sé si entre hombres tan francos como nosotros, que tuvimos el despertar de una adolescencia trágica en la barbarocracia venezolana de Juan Vicente Gómez; que nos lanzamos después, apenas cumplida la veintena, buscando más claridad por los países de la América Española, que debimos poseer muy pronto una disciplina de realidades, estará bien esa fórmula sedentaria y un tanto burguesa de dar las gracias. Nuestra generación, querido Betancourt, ha aprendido un sentido más fuerte y hasta más agresivo de la camaradería. Debimos luchar cuando otras juventudes soñaban. Estos años nos fueron de estudio, y un poco también de objetividad. Me place ver como los más valientes muchachos venezolanos que están en el Extranjero, han templado su voluntad, ganaron en dimensión y aprendieron a marcar la frontera necesaria entre los hombres y la doctrina. Se presentan ya con la firmeza de una doctrina. Si se hubieran quedado en Venezuela y el déspota y su cuadrilla los compraran — como a tantos infelices — con la miseria dorada de un cargo presupuestario, ahí estarían con la carne adiposa y el alma encogida. Pero al salir, querido Betancourt, libertamos el alma. Fué maravilloso. Hicimos una conquista de espacio espiritual que el déspota de Venezuela y sus cuadrilleros no podrían pagar con todo el oro de su presupuesto. Y aprendimos, y sobre todo pudimos sin que nos remacharan grillos a los pies, a llamar las cosas por su justo nombre. Por eso, porque nuestra generación tiende al sustantivo más que al adjetivo, podría omitir yo la fórmula de las gracias sobre el artículo que usted dedica a dos obras mías en el número de "Repertorio" correspondiente al 20 de Junio. Un poco de indispensable vanidad me haría guardar ese artículo que viene de pluma tan valerosa como la suya: guardarlo con afecto de camarada y hacerle notar que quizás usted me hace más viejo de lo que yo soy, y que no advierto el límite en el tiempo, que nos agrupe en distintas generaciones. Cuatro o cinco años más en el saldo de mi cronología, no fija entre ambos esa frontera tan densa que se llama una generación.

(Pasa a la página 12)

Ahí sacan su genealogía los personajes. Se avivan estampas valleinclanescas en unos parajes donairosos, con finas palmeras y criollas aguitarradas. Lo negro tiene un colorido donoso que Picón aprovecha con su avizor sentido de las proporciones. Es subjetivo y poético. Hinca sus raíces y logra atisbos certeros en el preambiente de los postreros relatos. Va justificando con el doble instinto del artista y del literato lo que vendrá después: el drama civil, el desplazamiento del criollo rico y letrado por el soldadote andino, de amplia ruana y de sombrerón agresivo.

Nótese en el relato primero un dominio de la técnica novelesca que destiñe a la narración de todo lo episódico, de cuanto signifique anécdota manida, abuso del costumbrismo, simple dependencia de las tres unidades clásicas.

La geografía lírica tiene allí su lugar. Se combina finamente la referencia pintoresca, el dominio de lo histórico y hasta la geografía humana, v gr.: "la evocación de Cartagena", con su larga sequía y el inaguantable calor; Rio Hacha, ciudad campamento, poblada con improvisados edificios; Saint Thomas, islote de contrabandos y el Caribe, con su prodigioso contenido, sus aleves enfermedades y sus recuerdos piráticos.

En tiempos federales surge un poeta sugerente, que evoca tiempos muy duros de la Venezuela republicana, ya semiahogada entre los militares **fotutos.**

El estilo de Picón cobra allí ese acento tan suyo, mezcla ardiente de trópico sanguinoso y de firmes disciplinas clásicas. Un adjetivo valleinclanesco aparece al lado de cuatro líneas sobrias como una visión de Humboldt.

"Tintinean sobre el pavimento, **aferrallan** el pavimento, las grandes espuelas del viejo Juan Araújo. El viejo Juan Araújo viene arrastrando su cobija paramera, alto y barbudo como la montaña, seguido de sus diez hijos, a pedirle justicia al Presidente del Estado un día de 1882..."

Nuestro novelista busca el color y hace incursiones en la botánica. Evoca la malagueta, la vainilla y saca partido del frondoso mundo tropical con sus variadas aves y sus inagotables arbustos.

¡Cuán sincero es el tono de este relato, que se tiñe de dramatismo o se desvanece en íntimo fervor patriótico! El aleve criollo saca su cabeza hirsuta y contrasta con esas doncellonas católicas y solteras, que huyen de la furia federal. Bien graduada la emoción entre el paisaje llanero y el primer paisaje andino. Entre estos dos paisajes, en pugna, con dos climas y dos actitudes vi-

tales, parece girar, en ocasiones, la historia de Venezuela.

"Entre andinos y llaneros, como el "pinto" y el "paro" de los arrieros que "se encuentran en el alto de la cuesta, se "desmontan, se afirman el puñal en el "cinturón y extienden sus dados sobre "la cobija como en un tapete, se ha- "bía echado a rodar nuestro destino ci- "vil".

Picón trasiega en el habla popular, vibrante de contenido tendencioso. Busca su intención, labra vocablos finos y "saca adjetivos de una americanidad ca- "paz de convencer hasta a los tozudos "críticos parisienses de Chile.

"La piedra montañesa es más firme y "hostil. Los hombres, mas reconcentra- "dos".

En dos palabras se crea un paisaje psicológico.

La casuística andina es terrible. Una revolución se llama "hacer una travesura" y matar a un enemigo político "despachar el asunto". Las montañas de Venezuela están llenas de estos sumarísimos episodios que despueblan de adversarios y hacen tremolar el machete como único principio indiscutible.

De repente salen a relucir los cuchillos. "Cuidado: lo perjudico con el palillo de dientes", dicen a los pulperos... Y el pulpero suelta la mercancía sin chistar, mientras en una revuelta del camino se ha perdido el sombrerón domeñador de hirsuta pelambrera.

Los andinos son terribles y de sus inexpugnable montaña suelen bajar a "hacerle la travesura" a don Juan Vicente, cuya psicología astuta tiene los secretos del andinismo político, como la tuvo también el brioso **Cabito** Cipriano Castro.

Picón exhala un quejido de hombre civil cuando ve el estéril sacrificio de los que luchan por una inalcanzable legalidad y por un derecho agujereado por los machetes y balazos. Es admirable y poético ese personaje Don Juan de Dios, viejo hombre de principios, que se mete en cama cuando ve naufragando toda la constitucionalidad de Venezuela. Y se queda en el lecho, sin ver y recibir a nadie, fuera de Verónica, viejísima criada, que le sirve tisanas, hasta su muerte. El novelista cierra ese maestro capítulo con esta frase vigorosa evocadora:

"Muerte apacible y sin agonía de los "hombres que trabajaron por la inasible "justicia; muerte que llegaba sin angus- "tia ni afán, como el sueño a los ojos "cansados de vigilancia".

Odisea de un novelista es este pletórico libro de Picón. Su sensibilidad lo lleva por un laberinto de evocaciones, preñadas de plasticidad y así, deriva en la terrible época contemporánea en que el odiseo máximo, Riolid, deja a su patria, después del estéril fracaso del General Cachete e' Plata.

Los soldados de la revolución arrasan con todo. Los villorrios se despueblan, las mujeres huyen despavoridas, las que se quedan son violadas brutalmente. Venezuela retorna al régimen feudal, del hato. Un caudillo inmisericorde se ha trepado a la suprema magistratura. "Donde llegan esos "paisas"—ha dicho un personaje de la **Odisea**—, nadie más "pelecha".

Así está hoy la patria de Bolívar y de Bello. Nadie "pelecha" sino el General y su abigarrado y cortesano cotarro de culatillos, de doctorcitos y de escribidores áulicos. Los métodos de expoliación son variados y fecundos en terrorismo. He aquí uno: la sagrada. El novelista nos lo explica: "La sagrada" es una institución que sólo podían inventar los macheteros andinos. Un tropel de soldados se instala en la hacienda, con amplias facultades de gastar y destruír lo que exista. Pertenecer a la "sagrada" es vivir en permanente festín, los soldados se reponen de su ordinario y mal rancho. **Donde ellos pasan, el barbecho se convierte en rastrojo.**

¿Y qué decir del creador de la suprema "sagrada", de la que hoy tiene domeñado al país bajo una expoliación ilímite como un llano de la patria? El novelista se encarga también de pintarlo cáusticamente: "El General Gómez, como buen hombre de montaña, es prolífico; todo su fósforo se transformó en descencendia". (Pág. 145).

Sus hombres de confianza son abogados famélicos, criollos ávidos, explotadores ambiciosos. Riolid, el protagonista, los define así: "Y las leyes en Caracas las explicaban unos hombres hepáticos y entristecidos por la sumisión y hasta por el clima".

Odisea de Tierra Firme constituye un nuevo diagnóstico de América. Es una novela hermana de **Sangre en el trópico** de Hernán Robleto y de las **Memorias de un venezolano de la decadencia** de José Rafael Pocaterra. En sus páginas hay acentos coloristas y sinceros y una hábil mezcla de fantasía y de realismo, vigorosamente condimentado con una prosa moderna e imaginista. En cuanto a la técnica revélase Picón un sagaz entendido en esa superposición de planos que aleja de la anécdota infecunda y que saca del ensueño el fino esmalte poético. Técnica de arabesco y de bordados, de velutas y decorados del buen barroco. Barroquismo es el suyo que tiene de lo clásico unidad de intención y lo eternamente actual que es su esencia.

La novela de Sud-América se acrecenta con un relato de fantasía y de ensueño, que a la vez levanta una poderosa protesta: la de esos blancos de Tierra Firme, que aun aguardan los hombres nuevos.

Hombres nuevos como éste son los que necesita América y también libros novedosos y eficaces por su sentido social, hermano de un arte deleitoso que anima páginas de un relieve insuperado en el relato actual del continente.

Ricardo A. Latcham

Versos proletarios

Guatemala, 18 de noviembre de 1931.

Don Joaquín García Monge,

San José, Costa Rica.

Mi querido don Joaquín:

Unos versos de Luis Barrera Rodríguez, nuevo poeta de Guatemala, hundido como una flecha en el corazón de los intereses proletarios del mundo. Versos raros, estridentes, cargados de sombras y de luces, de fulguraciones súbitas, de armonías desusadas.

Conocí a Barrera Rodríguez en circunstancias difíciles para mí, en medio de prevenciones de la estúpida política. Esperé, y cuando pasó el aquilón, nos dimos las manos. Raro tipo de mestizo, genio del maíz americano que despunta en brotes de sol sobre las mazorcas ondulantes. Muy joven, ligeramente cargado de hombros. Anuncia una especie de hombres nuevos en América, pero no en la América del pan. Hay ahora una sorda lucha entre las dos farináceas: el trigo, importado y europeizante, y el maíz, hijo del Popel Vuh, partidario de Tecúm Umán. Hay en estas raras simbologías todo un Evangelio, y el trigo tiene el suyo. El maíz también. Asocio a Barrera Rodríguez con todo lo que es profundamente racial en nuestra América de habla española. La lectura de sus versos será una revelación.

Allá van, pues, especialmente entregados por el poeta con destino a **Repertorio Americano.**

Y gracias. Respecto de la consulta continental de los tratados, ya se han dado numerosas opiniones de algún valor. No hace falta la mía. Salúdeme a los escasos amigos de por allá.

Suyo,

Rafael Cardona.

MI POESIA

mi poesía al servicio
del ejército enorme de oprimidos
mantiene una fogata
de insurgencias
bajo los pórticos de la mañana
en que ofrecen las palmas de sus manos
la ración subversiva
del poema
ígneo
de desesperación y de venganza
mi poesía roja aviva los semblantes
hace crispar los puños y erguirse las vértebras
con la alborada
de su grito
brillante de puñales
y azulada de revólveres
por eso las hordas de fuerzas dislocadas
rodean a mi lírica
que mantiene colmado de libelos
su corazón como una
jícara
mi poesía que sopla
el clarín altanero
de la rebelión
para incendiar espíritus y músculos
en un levantamiento de protestas
poesía agitadora
que enciende la fogata de su canto
bajo los pórticos de la mañana
¡camaradas!

ARENGA

injusticia
miseria
servidumbre
y azote
cuatro
jirones de palabra
sublimados de sangre proletaria
cuatro pedazos de palabra
con que debe bordarse una bandera
e izarla
en el vivac de los trabajadores
clarines anútebos
para soplarlos desde la azotea
de los cuatro vigías de horizontes
en una recia anunciación de arengas
OBRERO
injusticia y miseria
CAMPESINO
servidumbre y azote!
¿no sientes el deseo
de extraer de esas vetas
muchas onzas de plomo?
con esas trágicas palabras
¿no te aguijan los ímpetus de hacer una bandera
y escuchando el grito de fuego que te lanza
un jefe comunista en la cumbre del alba
formar el cuadro verdadero
y ajusticiar a la opresión?

VERBO DE LOS HUMILDES

A Carlos Leonidas Acevedo

¡CIMITARRA!
en los puños crispados
mojada de sangre cuando santifica el crimen
daga legítima de acero
envainada hasta el mango en la conciencia
sin conciencia de la explotación
cimitarra
en la mano
de
némesis
que degüella gargantas altaneras
en un desbordamiento
de energías humildes estafadas
¡DINAMITA!
descubierta en las minas del valor proletario
cargada de enconos fatídicos
en forma de huelga y su mecha de rebelión
estalla en el reducto del complot
destrozando silencios
y sombras
¡REVOLVER!
que enseña el A B C de la liberación
con las cinco vocales de sus tiros
escritos en el pecho de la fuerza
descarga de pensamientos que loa la bandera
de un corazón
flameando en hemorragia de agonías
CIMITARRA
REVOLVER
DINAMITA
dialéctica sublime de los pobres
en la tribuna
de la rebelión
POESIA NUEVA
para cantar la única epopeya
entre clarines de gemidos
y tambores de agonías
lenguaje sobrehumano con que grita
el alma ruda de la multitud
cimitarra revólver dinamita
¡SALUD!

Guatemala. 1931.

FOGATA

un manojo de arengas
arde en el vértice de la tiniebla
hachón
de rebeldía
incendia el miedo y la servidumbre
en un espectáculo
de subversiva
exultación
FOGATA
ardiendo en fiebre de justicias insatisfechas
en donde las arterias y las venas
húmedas de soborno y de silencio

secan su intemperie
en una bélica
reacción de ritmos abigarrados
FOGATA
donde el encono proletario
caldea la cimitarra
de su espíritu
¡ l l a m a !
que dejará de arder cuando se agote
el divino carbón
del corazón

1931.

LA POESIA ROJA

(para Omar Estrella)

el alma proletaria
hecha de abnegación y sacrificio
dice su canto único definitivo y bárbaro
oloroso a patíbulo
o a tierra removida por una dinamita
suspende su poema
de la trémula cuerda de una horca
cuando amanece una boca sanguinolenta
una garganta amoratada
y dos ojos que salen de sus órbitas
inyectados de asombro
loando la alegría
comunista
canta el alma oprimida
por las cuerdas exaltadas de los nervios
cuando con un alfanje
abre de par en par la panza a la opresión
donde se observa una ausencia de entrañas
el crimen
castigado por la justicia
la esclavitud
acuchillada por la reivindicación
GARGANTA
con el collar precioso de la horca
CABEZA
rodando con la caricia todavía fresca
que le imprimiera una cimitarra
ASI
canta el espíritu de los humildes
una mañana
de júbilo
el poema bárbaro de soberbias y orgullos
besando el polvo
CANCION roja de ultrajes reivindicados
y morena de fogonazos
legítima poesía proletaria
porque bien huele a pólvora...

Luis Barrera Rodríguez

1931.

Carta a Rómulo Betancourt

(*Viene de la página 9*)

Pero todo esto: camaradería, agradecimiento a Ud., un poco de vanidad que me produjera su comentario, no tendría yo por qué hacerlo público, si no me quedara el escrúpulo de apuntar algunos conceptos a la generosa crítica de Ud. No atañen estas observaciones a mi librito de ensayos "Hispano-américa, posición crítica" cuya ideología me hace Ud. el honor de interpretar con mayor elocuencia de la que yo pudiera infundirle, sino a mi libro de carácter novelesco, "Odisea de Tierra Firme". La lógica de su primera interpretación no me parece que puede regir para éste, donde vienen a entremezclarse elementos más diversos: personajes, folklore, estados de alma, paisaje o sensaciones. Y porque algunos de los personajes de mi libro novelesco, personajes de otra época, evocan esa Venezuela que en nuestra nomenclatura historiográfica se denomina de la "oligarquía conservadora", quiere usted atribuirme el mismo sentimiento nostálgico de tales criaturas imaginativas. Todo es relativo: y aquellos personajes provincianos de mi libro que estudiaron menos Sociología que nosotros, por simple comparación inmediata han de considerar mejor una época en que gobernaron a Venezuela hombres del fuste moral de Vargas o de Soublette, que la barbarocracia de los tiranuelos contemporáneos. Mis personajes provincianos no podían decir otra cosa, y falseara yo la verdad artística del libro echándoles la responsabilidad de otras teorías. Claro que para nosotros, querido Betancourt, el problema se presenta en forma menos simple y menos romántica. Vivimos un tiempo más azaroso, disponemos de otros métodos de investigación social y no podría satisfacernos — a pesar de las virtudes civiles de aquellos hombres — una república donde estuviera la colonia tan fresca, como la del Dr. Vargas o Carlos Soublette. Pero puede ser poesía ya que no ha querido ser política, recoger el testimonio de provinciales personajes como los de mi libro. Ellos desde un plano distinto del nuestro, sin duda, sienten también la rebeldía contra la Injusticia. Tal vez no sepan que la sociedad moderna pueda organizarse en forma marxista, pero la barbarie criolla golpea en sus corazones con la desesperación de una protesta.

Otro distingo que debo hacer se referiría al problema racial de Venezuela como puede situarlo mi libro, que para Ud. es sólo problema de clases "solucionable sólo clasísticamente, revolucionariamente." No creo que ambas cosas se opongan, ni que la Etnografía excluya la Economía o viceversa. Por lo mismo que en mi libro quise ser verídico, no podía negar — sin exagerarla tampoco — la heterogeneidad racial de la vida venezolana que forma como distintas provincias de nuestras costumbres, sociedad o folklore. Y el obstáculo para una "**raza cósmica**" en el sentido ferviente de Vasconcelos, ha sido entre nosotros la falta de educación común o una economía más justa que amenguando esas diferencias pudiera preparar un alma nacional. La consideración abstracta del problema económico no debe hacernos olvidar el problema de psicología social. Repare Ud. en que no son solamente los blancos los latifundistas de Venezuela, y que el actual latifundismo de la era de Gómez no es precisamente el producto de una sola casta social. Pero el color de la piel carecería de importancia, si aquellos hombres salidos de las masas rurales que han gobernado la última Venezuela, hubiesen recibido una educación que efectivamente lo fuera y reemplazara en ellos el instintivo culto del guapo, la pseudo-épica de la violencia que es uno de los tristes leit-motiv de nuestra vida. Por lo demás, dichos hombres no poseen ningún sentido de clase, y van formando una híbrida burguesía analfabeta carente de toda doctrina y espiritualidad. Esto marca el carácter caótico, inestructurado del alma venezolana. No bastaría con la sola protesta instintiva de las masas, con la oscura reparación social que brota de pronto en el alma nómade de un Martín Espinoza durante la Guerra Federal, pues la constante de nuestra historia es que esos inorgánicos movimientos revolucionarios conducen fatalmente a un período de caudillismo. Por ello el problema cultural necesita integrarse al problema económico en la Venezuela que se renueve. Solamente un proceso de educación popular prepararía en un país como Venezuela la transformación económica con que Ud. sueña y en cuyo justo anhelo yo le acompaño. Subsiste entre nosotros la más primitiva economía natural junto al reciente imperialismo industrial extranjero. No piense usted que en ningún momento he querido la entronización de una oligarquía blanca, pero tampoco incurrir en un falso romanticismo popular que velaría la esencia de nuestra realidad. Conocer nuestra realidad y afrontarla con valor y firmeza. Disfrutar de eso que allá jamás conocimos: la libertad del escritor, sin miedo ni testarudez ante los errores siempre susceptibles de enmienda. El problema clasista que Ud. estudia no choca pues, con el problema cultural que yo insinúo. Y evidentemente nuestras informes democracias se habrán puesto en el camino de la Organización y de la Justicia, cuando despierte en ellas una conciencia de clases.

Estas son las premiosas observaciones que me suscitó su amable. Y ya sabe Ud. que en las ideas y en los hechos primordiales — los únicos que en verdad importan—, ha estado siempre con Ud. la adhesión de su compañero.

Mariano Picón Salas

Estampas

Un decreto bárbaro del fascismo

No cedan, decimos, pensando en Toscanini

= Colaboración directa =

Las universidades de Italia han sido intervenidas por la dictadura fascista. El catedrático está obligado a jurar fidelidad al régimen mussolinista. Un decreto, de los muchos que imponen las tiranías cuando quieren apagar la dignidad de los pueblos, obliga al catedrático al juramento envilecedor. Ser fieles al régimen fascista, formar ciudadanos devotos al régimen fascista, es lo que pide al núcleo intelectual de la Universidad la organización funesta.

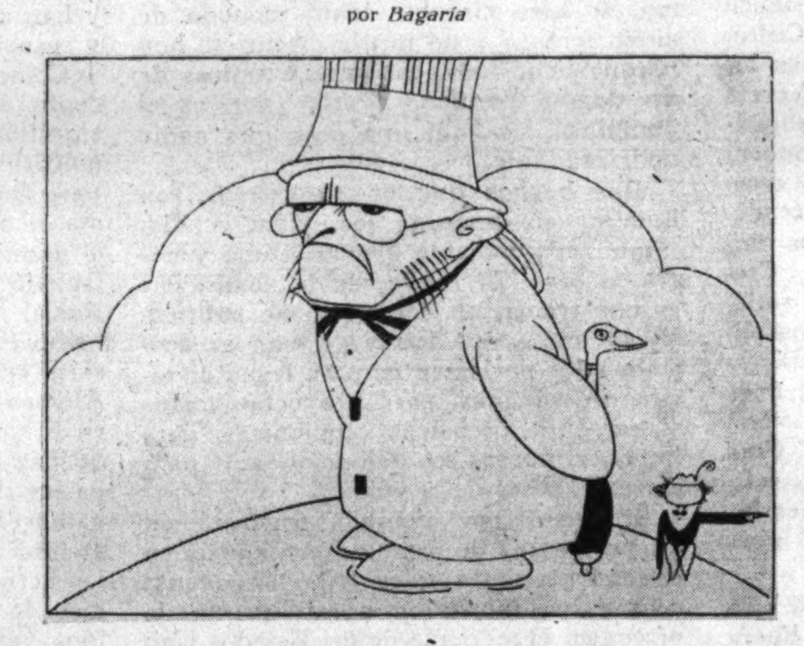
Hay que ayudar a los catedráticos italianos es la voz que empieza a oírse por el mundo. ¿Qué ayuda podrán dar las clases pensantes? ¿Qué ayuda capaz de acabar con la imposición del decreto mussolinista? Ninguna dictadura tiene respeto por el pensamiento de los hombres libres. Está segura de que no tiene fuerza para derrocarla y la menosprecia. Lo mejor es decir al catedrático atropellado por la demencia mussolinista que desentrañe de su espíritu la más grande dignidad varonil y resista hasta dar en el sepulcro con la tiranía. El decreto de juramento pasará si los catedráticos son débiles, si olvidan que son hombres con grandes deberes para las generaciones que educan. Recordamos a Arturo Toscanini. Un día, en Bolonia, el mussolinismo lo acosa, lo insulta, lo llena de oprobios, porque no quiere ejecutar la **Giovinezza.** El gran músico resiste y las autoridades lo encarcelan y lo torturan para que dirija la ejecución de la marcha mussolinista. Pero Toscanini no es mussolinista. Siente por el régimen aversión profunda. Lo combate, siempre que debe combatirlo. Quiso alguna vez el mussolinismo inmiscuirse en la organización de La Scala y Toscanini lo impidió con resolución. En Berlín quiere el mussolinismo, que ha sentido cómo es de sublime el arte de Toscanini dirigiendo la orquesta de La Scala, quiere presentarlo en fiestas organizadas para dar sostén al régimen en el exterior. Toscanini dice claramente que no tiene por el mussolinismo devoción ninguna. Y lo hace desafiando la furia mussolinista cuando va a volver a Italia. Es fiel a sus principios de repudio a un sistema político menguado. No teme decir su pensamiento. ¿Cuál es el resultado de ese espíritu varonil? Que Toscanini da a las generaciones de Italia un ejemplo hermosísimo cuando después de la persecución mussolinista de Bolonia es encarcelado en Milán, dice a un compañero que lo visita: "Habría muerto antes que ceder un punto siquiera a mis perseguidores". Y sus perseguidores son los mussolinistas que hoy dan el decreto de fidelidad del catedrático a un credo político detestable. Toscanini los conoce y va al sacrificio si es necesario, pero no capitula, no se acobarda, es fuerte con esa fortaleza que da al hombre un espíritu grande.

¿Por qué no exaltar el ejemplo de Arturo Toscanini cuando el mundo pensante da la voz de ayuda al catedrático de Universidad de Italia? Si la Universidad no debe ser intervenida por la organización política que quiere arrebañar a Italia, la mejor defensa contra el asalto es la que hagan los mismos catedráticos. No cedan, decimos, pensando en Toscanini. No cedan y saquen de sus almas todo el coraje varonil que ellas tienen. La ayuda que los intelectuales del mundo puedan dar no será nunca ayuda si los catedráticos permiten avanzar la furia mussolinista. No den juramento alguno. Italia no es el mussolinismo. Así lo siente Toscanini en su mundo de la armonía. Así debe sentirlo el catedrático. De otro modo el decreto de juramento se anidará en las Universidades y de ellas no saldrá criatura que pueda redimir a Italia de la peste mussolinista. Y hay que trabajar por la redención. Parece ahora imposible a los apocados. Pero el régimen es tan salvaje y tan humillante para la nación italiana, que la reacción se apresura.

Pruebas del salvajismo y de la humillación, vocearán los elogiadores. ¿Pero es que precisa otra demostración más rotunda de lo horrible del mussolinismo que ese decreto imponiendo juramento a los catedráticos? Pues si no basta la coerción contenida en él para tener al mussolinismo como régimen de afrenta, revisemos actos nuevos de los que día a día se suceden en Italia. Tenemos aquí un importante diario norteamericano en el cual, con fecha 12 de Diciembre pasado, dicen de Roma que el mussolinismo por boca de uno de sus ejecutores, Carlo Scorza, ha prohibido que se pronuncie el nombre de ningún héroe o personaje italiano. La prohibición es para los jóvenes mussolinizados que en sus cantos o en sus arengas extienden la concepción del héroe más allá de Benito Mussolini. "En mitines recientes—dice Scorza—he oído evocar rítmicamente el nombre de tal o cual héroe local o de algún ilustre desconocido. Los jóvenes fascistas cantarán un solo nombre: el nombre de Il Duce. No cantarán himnos, excepto los himnos fascistas y sólo a Mussolini cantarán... En la Iglesia del Fascio hay muchos santos, algunos arzobispos, un ejército de fieles, pero una sola cabeza". Arrebañando generaciones, que es volverlas estúpidas, que es matarles el don del discernimiento,

Mussolini quiere hacer fascistas a los intelectuales,

por *Bagaría*



—¡Más difícil sería hacer intelectuales a los fascistas!

A los intelectuales españoles

La libertad de la cátedra y la dignidad de la enseñanza universitaria en Italia se hallan amenazadas por un decreto del Gobierno fascista, que impone a todos los catedráticos de Universidad de aquel reino — y solamente a los catedráticos entre todos los funcionarios del Estado — un juramento que implica la adhesión total, sin reserva ni discusión posible, a un sistema particular de ideas políticas.

Como las doctrinas políticas no son menos discutibles y susceptibles de rectificación que todas las demás doctrinas, este juramento constituye una coerción intelectual y moral incompatible con los deberes más elevados de la cátedra.

He aquí el texto de la fórmula de juramento de fidelidad al régimen fascista que, por decreto del 28 de agosto último, se pretende imponer a los catedráticos italianos:

"Juro ser fiel al rey, a sus sucesores y al régimen fascista; observar lealmente el Estatuto y demás leyes del Estado; ejercer los deberes del profesorado y cumplir las obligacions académicas con el propósito de formar ciudadanos laboriosos y devotos a la patria y al régimen fascista".

En el mundo entero se está elevando una protesta colectiva de los intelectuales en general, y en especial de los catedráticos, contra ese nuevo atentado de la dictadura fascista a la libertad del pensamiento. Un grupo importante se ha dirigido al Instituto Internacional de Cooperación Intelectual para expresar esta protesta y pedir que ayude a los catedráticos italianos en la defensa de su libertad intelectual.

Estiman, en efecto, que el Instituto no puede desinteresarse de este grave asunto, ya que los pueblos no pueden ejercer mejor la cooperación intelectual sino ayudándose mutuamente para asegurar las condiciones de libertad, sin las cuales el espíritu humano no puede laborar en la busca desinteresada de la verdad y en el desenvolvimiento de la ciencia.

Haciéndonos eco de esta justa protesta, invitamos a todos los intelectuales españoles que sienten este deber de solidaridad en la defensa del más sagrado de los derechos a que envíen a esta Redacción su adhesión personal a este movimiento internacional de protesta contra el último atropello de la dictadura fascista.

(*Crisol*, Madrid).

es la tarea en que el mundo sorprende al mussolinismo. No deben los jóvenes enrolados en esa teatralería política mirar otro mundo que el del mussolinismo. Se les impone la adoración, se les hace mirar la única cabeza con derecho a sobresalir. Fuera de Mussolini no tiene Italia nadie que pueda servir de inspiración a las juventudes. En él están resumidas todas las capacidades que crean una patria. Mírenlo y remírenlo las generaciones y evóquenlo con mucha majestad. Esto es lo que los ejecutores del mussolinismo persiguen.

Mas como es por el engaño y por el terror como se lleva a las conciencias ese culto, el procedimiento no da resultados de esos que hacen subir a la cúspide las gráficas de las estadísticas mussolinistas. Otros sectores de Italia deben ser intervenidos. El sector de la Cultura parece el más propicio. Entonces los ejecutores del régimen dan el decreto del juramento al mussolinismo, obligando el catedrático, educador, a conocer el mussolinismo como la fuerza creadora de la nación italiana, extenderá esa superstición funesta a los millares de jóvenes universitarios. Crecerá así el culto a Mussolini. Y se alejará la liberación que alborea. El mussolinismo necesita extender más y más la tiniebla sobre Italia. Su instinto le hace comprender que la Universidad es siempre un seminario de almas libres. Y alma con libertad es poder contra el mussolinismo que es esclavitud. Lo mejor es invadir la cátedra y hacer que la fe mussolinista cunda por el aula.

Pero la defensa de la Universidad sólo está confiada a los catedráticos. Fuera de Italia puede el pensamiento de los libres producir opinión. Sin embargo, el decreto bárbaro no dejará de regir si no hay capacidad varonil respaldando la Universidad. El ejemplo de un Toscanini nos parece grande en esta hora de prueba del catedrático italiano. Cada defensor de la dignidad universitaria necesita ser un Toscanini. Sólo enfrentándose con fe inmensa en que los destinos de una nación no pueden estar arrebatados y sometidos al sistema político de un ensimismado, puede la Universidad italiana librarse del casco mussolinista. La **Giovinezza** no será dirigida nunca por la batuta creadora del músico genial, del artista que ha penetrado en el universo wagneriano, comprendiéndolo para hacerlo comprender. Esa marcha es el son del mussolinismo y jamás lo entonará el que repudie un sistema anacrónico. El juramento de fidelidad al mussolinismo no lo prestarán los catedráticos de las Universidades italianas, si se inspiran en el ejemplo de Arturo Toscanini. ¿Sufrirían persecuciones y encarcelamientos? Pues Toscanini sintió la turba engañada por el mussolinismo rodeándolo y queriendo descuartizarlo. Estuvo en la cárcel oyendo al sayón que le pedía capitulara, que quería infamarlo. Desató contra su vida fuerzas oscuras y salvajes. No obstante ha defendido sus principios, sigue indicando como algo humillante para Italia la dictadura mussolinista. ¿Hay alguna inspiración mejor para el catedrático universitario?

Esa voz que en el mundo se oye para ayudar al educador italiano, no debe ser únicamente de condenación del régimen mussolinista. Ha de ser quizá mejor de aporte de valores humanos que constituyen un poder contra el mussolinismo. Si éste extermina de los cantos y de las arengas de los jóvenes la evocación de héroes y de hombres grandes, lleven los nombres de esos héroes y de esos hombres a que inspiren el alma del catedrático. El mussolinismo es un rezago bárbaro. Aleja de la memoria los ejemplos constructivos, porque el instinto le dice que son sus enemigos que han de dar con él en el sepulcro.

Juan del Camino

Cartago y enero del 32.

El "dumping" y Sur América

= Envío del autor =

Hace ya muchos meses que la política económica de las grandes potencias ha venido desarrollándose al rededor del **dumping**. El **dumping** es un nuevo concepto que se acuñó como arma de guerra, se hizo circular como moneda de curso forzoso y no puede discutirse hoy porque tiene todas las características de un dogma político Pero, ¿qué es el **dumping?** He aquí una cosa que nadie podría definir.

Dos hechos que en su esencia son iguales, el **dumping** los viene a distinguir convirtiendo blanco el uno y negro el otro. El fondo de la distinción es una trama, un cubileterismo político. Y, sin embargo, detrás de esto se acomodan los parlamentos para levantar tarifas de aduanas, para proyectar vastos sistemas de ofensivas económicas, para imponer nuevas contribuciones y para elevar el costo de la vida.

Si Rusia, por ejemplo, organiza un nuevo sistema de producción y queda en condiciones de vender trigo a noventa centavos el bushel y a este precio lo ofrece en el mercado de los Estados Unidos, este acto se considera como **dumping**. Pero si Inglaterra arranca el yute de la miseria de la India y queda en condiciones de venderlo a un precio ínfimo que desaloja la posibilidad de toda competencia, este acto ya no es **dumping** sino libertad de comercio.

Las grandes potencias se han colocado en una posición muy cómoda, porque ellas definen la bondad de los actos, determinan la honradez en los sistemas de producción y deciden cuando los trabajadores son libres y cuando son esclavos, de manera que al pronunciarse ellas el público queda enterado de las cosas blancas y de las cosas negras. En **Rusia** existe la obligación del trabajo, de tal suerte que todo ciudadano está en el deber de producir: naturalmente, el estado se ha impuesto la obligación correspondiente de ofrecer colocación a todo el que la solicite: esto se ha considerado como una esclavitud. En los Estados Unidos nadie tiene la obligación constitucional, la obligación política de trabajar: únicamente ocurre que el que no trabaja se muere de hambre y de frío: el estado, naturalmente, no se considera obligado a darle ocupación a todo el que la solicite: esto se ha considerado como una libertad y como un grado eminente de civilización.

Naturalmente, la moral universal se ha pronunciado contra la esclavitud y contra el **dumping**, y como consecuencia de esto en los Estados Unidos se dictó no sólo una nueva tarifa de aduanas, sino una especie de código moral que autoriza para cerrar los puertos a ciertos productos que no provienen de lo que ellos juzgan el libre trabajo de los hombres. También Inglaterra acaba de aprobar su tarifa contra el **dumping**, y detrás de estos países seguirán las naciones menores y han actuado ya las que son más listas y resueltas.

Como se vé, el **dumping** sería un concepto demasiado vago si no tuviera la significación concreta de ser una arma política internacional, dirigida contra un país determinado. La moral que reclama el nuevo criterio no existe; en todo el mundo hay hoy malas condiciones de trabajo: hay bajo standard de vida en Rusia, hay esclavitud en la India, hay hambre en los Estados Unidos, hay miseria en el Canadá, hay relajamiento en Alemania, hay ociosidad en Inglaterra y en Francia, en Italia, y hasta en esas pequeñas colmenas de trabajo que son los países escandinavos. Y para resolver el hambre, el sin-trabajo, la miseria, para atender a las exigencias y apremios de los acreedores, para cumplir los programas de los empresarios, todos los pueblos venden al precio más bajo sus artículos persiguiendo así la difícil conquista de los mercados.

Desde el día en que Rusia empezó a ofrecer en el mercado de los Estados Unidos trigo, maderas, manganeso, pulpa de madera y otros productos, a precios que herían el negocio de sus competidores de una manera irreparable, la prensa levantó el grito de escándalo: el país no podía tolerar el **dumping**. Llevamos ya más de dos años de esta lucha, y hoy la vemos generalizada en toda la línea de los países industriales. "Interiormente" las grandes naciones se han armado contra el **dumping**, y de esta manera se ha llegado a realizar el grande anhelo de que los pueblos de esas grandes naciones compren un poco más caras las cosas. Se ha logrado, pues, que el belga pague más caro el pan, el inglés pague más cara la mantequilla y el americano más cara el azúcar. Esto quiere decir que "interiormente" un país puede defenderse. Pero, ¿qué vale la defensa interior para estos países que viven de venderles a pueblos extraños?

Hasta hoy el **dumping** ha sido llevado por los rusos contra las grandes naciones manufactureras en sus mercados internos, pero el desarrollo lógico de la producción rusa llevará a los soviets al ataque indirecto, al ataque más temible, que es el de los mercados exteriores. Está muy bien que los Estados Unidos defiendan su economía en forma en que juzguen que favorece a sus industriales, pero desde el punto de vista de una nación suramericana, por ejemplo, no puede haber otro criterio que el de la defen-

sa de su propio pueblo. Es claro que en Sur América defenderemos con las tarifas y hasta con la prohibición, nuestras industrias primarias, nuestras industrias campesinas y aún los breves anuncios de nuestro desarrollo manufacturero: pero al tratarse de la compra de los artículos que no podemos producir, haremos la compra invariablemente,—mientras tengamos el sentido de nuestra utilidad puesto en primer término,— en el país que nos ofrezca las mejores condiciones.

Es indudable que Rusia se prepara para ser el centro manufacturero e industrial más grande del mundo. El plan de electrificación que ahora empieza a dar sus primeros resultados, llevará a ese país no ya a **dumpiar** con fósforos y mantequilla, con petróleo y con trigo, sino con automóviles y locomotoras, con rieles y telas y azadones. Entonces los países industriales verán trasladado el meridiano de la amenaza de sus ciudades defendidas que no son sino un detalle de su poderío comercial, a sus mercados lejanos, a los mercados inasibles que irán desprendiéndose de sus redes y que determinarán la crisis industrial ima, de mayores repercusiones sociales que la pequeña crisis financiera de que ahora nos quejamos.

El asunto es de una lógica casi indiscutible. En cuatro años, partiendo de la nada, y dándole desarrollo a un plan en que nadie creyó posible, Rusia se convirtió en la amenaza de todos los campesinos que trabajan desde Alaska hasta la Nueva Zelandia, racionalizando únicamente el trabajo de la tierra. Pero en esos cuatro años no hizo únicamente eso, sino también las reservas necesarias para el nuevo plan de los cinco años que viene ahora montado sobre estaciones eléctricas que son las más grandes del mundo, sobre fábricas que ya están produciendo cincuenta mil tractores al año, sobre un pueblo educado ahora en el trabajo colectivo. Las grandes potencias industriales se han entretenido en la defensa interior, y todo parece indicar que el **dumping** de los mercados exteriores las tomará por sorpresa. Porque lo cierto es que cada crisis en el mundo industrial viene a demostrar que es un mundo impreparado para defenderse, víctima de las sorpresas, o víctima tal vez de la anarquía que produce la intemperancia del individualismo, el individualismo que tiene hoy patente de corso para lanzar al mundo a las más descabelladas empresas.

Sur América queda colocada dentro de la zona del **dumping** futuro, y debe prepararse para aprovecharlo, rechazándolo en cuanto pueda afectar las fuentes de su producción, pero aceptándolo en sus ventajas indiscutibles, que serán un alivio para la industria. Sur América está libre para trazar su política a su antojo, sin miramientos hacia quienes la dejaron hundir en la hora de angustia de las deudas.

Germán Arciniegas

Londres, Diciembre de 1931.

El gallo giro

= De *La Prensa*. Buenos Aires =

Hacía dos años que el doctor estaba preso. Una denuncia que lo señalaba como desafecto al régimen, había bastado para que sin más trámite se le internase indefinidamente en la Rotonda. Allí hacía la vida, bien conocida, del reo político: incomodidades increíbles, de cuando en cuando grillos, y muerte civil, soledad, abandono de casi todos los amigos. Desde el jefe de la prisión, personaje importante, hasta el celador, criminal del orden común, todos explotan al prisionero en desgracia. Pero el doctor comenzaba a tener suerte; lo olvidaban y se las había arreglado, a poco costo, con un reo de homicidio, entre guardián auxiliar y sirviente. El homicida cumplía las faenas menudas: lavar el piso de la celda, calentar el café. Cierta vez, el doctor le preguntó:

—Bueno, y tú ¿por qué mataste?

—¡Ah!, no, doctor—respondió—. Yo todavía no he matado a nadie... ya, ya le explicaré por qué estoy aquí.

Pasaron varias semanas. El homicida se mostraba pacífico; se hacía respetar, no obstante que no recurría al expediente socorrido de los malos tratamientos y espionaje de los políticos... Un día en que se hallaron solos, el doctor insistió:

—¿Y por qué estás aquí?

El homicida repuso:

—Verá, doctor; a usted sí, se lo voy a contar... Yo tenía un tendajo en Santa Rosa, y un gallito... ¡Ah!, doctor, qué gallo fino... Nunca lo habían vencido... Gallo giro, de raza, donde ponía el pico, mataba... Ya no se atrevían a desafiármelo en el pueblo... Hasta que llegó el nuevo jefe civil, el coronel... Se anunció una gran pelea en su honor. Me aconsejaron que llevara mi gallo; el coronel llevó el suyo... ¡No era mal gallo, señor!... Cuando lo enfrentaron con el mío, el choque fué violento. De un picotazo, el gallo del coronel le sacó un ojo a mi giro... pero tenía coraje; sin retroceder un paso, aguardó la nueva embestida y ¡zas!, como lo hiciera siempre, picó al gallo enemigo en la nuca y lo mató... Mi gallo quedó herido y sangrando, pero no había razón para que declararan el empate... Yo me salí, con mi gallo bajo el brazo, y los amenacé con el puño; pero no les eché más que palabras. Pocos días después, me aprehendieron, me acusaban de querer matar al jefe civil... Entonces no lo había pensado, doctor... y aquí estoy hace años, pero todavía no he matado a nadie, doctor.

Transcurrieron varios meses. El señalado como reo de homicidio seguía tranquilo, servicial; los demás presos lo estimaban. Un día, inesperadamente, llegó la gracia. El carcelero gritó:

—De orden de la autoridad, el reo Matías Cifuentes queda en libertad.

Lo mismo que cuando lo encarcelaron, ahora lo libertaban, nada más que porque sí, de orden de la autoridad. Después de tres años de cárcel, sin proceso, sin audiencia, ahora en libertad... Los presos rodearon al reo que se despedía.

—Déjame tu estera—dijo uno—; dámela...

—No te la doy—respondió gravemente Matías—; te la presto...

Otro se acercó a pedir el jarro:

—Dámelo.

—No te lo doy; te lo presto—repitió Matías.

Todos bromeaban mientras se consumaba la distribución de los utensilios del encarcelado: miseria sin halo de renunciamiento; ruindad agobiadora.

Matías se despidió del doctor.

—Bueno—le dijo este último—, te felicito. ¡Quién sabe cuándo volveremos a vernos!...

Matías se acercó al oído del doctor y le dijo quedo:

—Nos volveremos a ver muy pronto, doctor.

Entretanto, en el pueblo todos habían olvidado a Matías; incluso la mujer, que al sentirse abandonada, indefensa, cedió a las intimaciones del jefe civil. El pequeño comercio lo hizo rematar la autoridad. Desde antes de que Matías llegara al pueblo, unos conocidos le informaron de que su mujer tenía ahora dos hijos del jefe civil... Matías recordó a su gallo: su gallo giro, su casa, su mujer... Matías trató de sonreír... No dijo nada. Las largas cavilaciones del presidio le habían enseñado a reprimirse y a disimular.

Con el dinero ahorrado en la cárcel, Matías compró ropa nueva; compró también un puñal. Se vistió la ropa, se apretó la faja y dentro de la faja escondió el puñal. Camino de los pueblos se fué rondando, se acercaba con cautela; llegó por fin a Santa Rosa, se hospedó donde un compadre y poco se daba a ver. Pagó por adelantado una mesada. La mayor parte del día se quedaba en cama. Malestar, restos de fiebres contraídas en la prisión, explicaba a los pocos que solían verlo. De cuando en cuando paseaba por las calles, aparentemente despreocupado, casi afable con los vecinos. Cuando se acercaba a los grupos, oía las conversaciones y hablaba apenas. Parecía tener olvidada toda su vida anterior. A veces invitaba a beber, pagaba, bebía, pero se iba sin embriagarse.

Dos o tres veces miró a distancia al jefe civil, que pareció no advertirlo. Era grueso, alto y de porte insolente. Tan temido se sabía de todo el pueblo, que ni siquiera se hacía acompañar de un ayudante. Andaba solo, pegando en la bota con el látigo; no se dignaba saludar, sino cuando quería zaherir...

—A ver tú, hijo de un tal... o, ¿qué anda haciendo este tal por aquí?... A mí nadie me hace tarugo... No hay más Dios que mi general...

Acostumbrado a vencer por el abuso de fuerza, habituado a la fácil sumisión de todos los que se le acercaban, su arrogancia habría sido completa a no ser por las huellas imborrables de otro proceso el proceso inverso de su condición: su actitud delante de los superiores. La bestia sumisa reaparecía en él, apenas recordaba las penosas escenas de su trato con los de arriba; con pavor pensaba en la posibilidad de que llegara a disgustársele el general... y en desquite ofendía a los que miraba.

Por aquellos días, sin embargo, el je-

fe andaba casi dichoso. Ultimamente le habían recomendado, citándolo como modelo de gobernador, en cierta orden del día. Además, los negocios prosperaban. Una a una, y a imitación del general, él también había ido adquiriendo las fincas que le gustaron de las cercanías. El precio lo ponía él... La gente es inclinada a abusar, y si uno se deja... Nada de eso; ya se sabe que si el dueño resiste, se le suben las contribuciones, se le acusa de desafecto al régimen, hasta que se llega a un precio razonable... ¡Qué penitentes eran todos aquellos campesinos, rudos y leguleyos cobardes... todos, sólo el general... mi general . . . ¡Ese sí es hombre ! . . .

Pero un día que el jefe paseaba distraído, empeñado el corto ingenio en desenredar ciertas cuentas elementales, se fué por una de esas calles estrechas, sin salida, que los caprichos de la construcción suelen dejar. Y al darse cuenta de su desvío, sintió que lo seguían. Un hombre extraño, vestido de negro, avanzaba por la entrada del callejón. Al principio no lo reconoció. En rigor, después de una serie de atropellos sin nombre, no se acordaba ya casi de aquel Matías del gallo... y la mujer...

El hombre que ahora venía hacia él, parecía tranquilo; sin embargo, avanzaba con un paso desusado en aquellos contornos... Al acercársele, vió que el hombre sonreía; pero él no estaba acostumbrado a que nadie sonriera en su presencia, e instintivamente levantó en alto el látigo. Entonces el otro sacó un puñal... El jefe, bruscamente avisado, echó mano a la pistola y disparó a matar... pero le había temblado la mano y disparó sin tino. De un salto, el desconocido llegó hasta el jefe, lo sujetó del cuello, y mirándolo fijamente a los ojos, dijo:

—Mi gallo, mi gallo giro.

La mano izquierda sujetaba y sacudía; la otra mano buscó la nuca y enterró el puñal. "Como mi gallo"—pensó Matías...

En la cárcel de la Rotonda, los presos se disputaban el primer encuentro con el recién llegado. Sobre el chaleco negro ostentaba Matías una leontina sobredorada. Al principio no lo reconocían; por fin, uno dijo:

—¡Si es Matías!...

—Sí—repuso éste—. A ver; mi estera, mis cacharros, que ahora me vengo a quedar...

Luego, como viera aparte al doctor, se acercó y le dijo:

—Ahora sí, doctor; ya maté.

José Vasconcelos

París, 1931.

Geografía de Proserpina

(Viene de la página 8)

un mapa de la Polinesia, junto al azul del Océano Indico, en un reposo de geógrafas desencantadas".

Página 154: "...una fotografía de Francesca Bertini, una lámpara de petróleo, un mapa de la República de Andorra, un ejemplar de las poesías completas de Valery".

Página 173: "...la boca que nos acaricia en el litoral de un espejo..."

Página 191: "...el arroyo de una poética melodía de Strauss".

Página 199: "Ese infalsificable la, meridiano de la música sobre cuyo eje se orienta la geografía de todos los violines y todas las flautas del universo".

Página 207: "...obtuvo una mención honorífica en ciertos estudios especiales de Geografía descriptiva".

Página 225: "...como el rey que reparte sus tierras las busca por última vez y las toca con los ojos sobre la superficie del mapa".

No censuramos la obsesión geográfica de Torres Bodet; menos aún, cuando sale a luz dignificada en tan irreprochable estilo. Vemos en ello, simplemente, un reflejo de la sincera lealtad íntima que vierte en su obra. Además, la obsesión es justa. El contacto de todas índoles con latitudes y seres de alejado confín, despierta, ensancha y estimula cualquier impulso. La universalidad siempre se ha visto en términos de bien tratar con el hombre de letras. Entre algunos de los escritores y artistas españoles que en diferentes escalas de intensidad y frecuencia han traspuesto fronteras extrañas, el acercamiento a otros módulos geográficos originó una exigencia complementaria, con raíz más profunda y espiritual. Así, hemos visto a esa falange unida individualmente a mujeres de nacionalidad opuesta: Julio Alvarez del Vayo, con suiza; Juan Ramón Jiménez y Ramón Pérez de Ayala, con norteamericanas; Ramiro de Maeztu, con inglesa; Luis Araquistain y Manuel Pedroso, con alemanas; Gabriel García Maroto, con mexicana; Ernesto Giménez Caballero, con italiana; Vázquez Díaz, con dinamarquesa; Eugenio Noel, con cubana.

La constante alusión geográfica que se aprecia en el libro de Torres Bodet, no sustrae mérito al conjunto; antes bien, lo mejora.

Entre las sombras ilustres de cierto sector de nuestras preferencias literarias, ya esta paradójica Proserpina, con ademán y continente decidido, ensancha el armonioso estrado.

Torres Bodet, por su parte, allá lejos seguirá transitando, con firme paso, un camino poco avaro en escollos. Nervio y cautela le tiendan mano diligente.

Antonio Acevedo Escobedo

México, 1931.

Proserpina, mito contemporáneo

(Viene de la página 8)

Ni es preciso seguir hilo a hilo la trama novelesca — de una admirable sencillez — para apuntar sus calidades, que en este caso descienden del más puro linaje poético. "Proserpina rescatada" — libro en prosa de un poeta — es, ante todo, una de esas obras excepcionales en que sería muy difícil aislar totalmente la poesía — en su sentido usual— de la literatura — en su auténtico sentido, en el de arte de escribir—. Para mí no hay ninguna duda: poesía es tanto como creación, y ésta continúa siéndolo sea cualquiera el medio utilizado; aunque yo prefiera la prosa tanto por las mayores dificultades que su buen cultivo ofrece como por los falsos monederos del arte que excluye. Ya Guyau se preguntaba, antes de comenzar el siglo, si el verso contaba "con probabilidades de larga duración y de vida". "Poetas indiscutibles como Renan y Flaubert — decía — pudieron prescindir del verso. ¿Por qué, como en tiempos antiguos, ha de permanecer ligado el sentimiento poético a una determinada forma rítmica y musical? — en una palabra — concluía preguntándose—, la más elevada poesía ¿tiene necesidad de la versificación?'

Rotundamente podemos contestar que no después de leer "Proserpina rescatada". Las páginas donde se describe Nueva York constituyen uno de los poemas actuales más nutridos de sorpresas visuales, mejor armonizados a pesar de la opulencia de su instrumentación, de la rica variedad de timbres, de la constante amenaza de los ruidos. He aquí—sin escoger—dos páginas, las primeras:

"Las calles de Nueva York empezaron a girar lentamente por las ventanillas a ambos lados del coche, con una prisa sorda, como en la doble pantalla de un cinematógrafo mudo. Equivocando las distancias, la claridad de la atmósfera aproximaba los puntos más distantes de la bahía. La proa de Staten-Island — por ejemplo — parecía temerosa de encallar en la arena de Battery Place. Cortando en una pieza el encaje negro muy transparente, el portabuso del puente Brooklyn sostenía en el aire, a cincuenta metros de altura, los senos profesionales de la estatua de la Libertad. Cuatrocientos ochenta rebaños de locomotoras pastaban una alfalfa rojiza, una alfalfa de humo, en el aprisco de los andenes subterráneos. Cada cinco minutos un barco distinto — trasatlántico, velero, transporte de petróleo — pedía permiso de entrar a la capitanía del puerto. Como en las "Hilanderas" de Velásquez, Francia, Alemania, Inglaterra, las tres Parcas modernas, tejían ese ovillo de los cables interoceánicos que una raza de levitas incrédulos va a descifrar en la Bolsa, en la calle, junto al teléfono de los despachos, sobre las tumbas, en los cementerios de Wall Street. Frente al mostrador de siete mil ochocientas noventa y siete boticas análogas, cuatro millones de mandíbulas idénticas se disponían a devorar el primer bocado de un "sandwich" de jamón. Las oficinas se desangraban. En las esquinas, al oír el timbre del tráfico, las dactilógrafas se detenían dócilmente, como si creyesen aún que aquella señal brotase de las campanillas de alarma de sus máquinas de escribir. ¡Las doce! Media hora de interrupción para preparar la segunda parte del día. El Tiempo se apresuraba. Quería llegar a la carátula de diez y ocho mil cronómetros a la vez. Números. Números de taxis, de teléfonos, de automóviles, de tranvías. Números que huían unos de otros, que se perseguían unos a otros, que parecían destinados a estrellarse unos contra otros. Sin inclinarse a favor de ninguno, ahorrando las sombras inútiles, sonando exclusivamente sobre la extremidad de los mástiles, el sol de las doce del día barnizaba la civilización".

III

Jaime Torres Bodet ha preferido escamotearse, desprenderse de su novela, dejar a su "Proserpina" que realice su eterna excursión a los infiernos sin Virgilio, o con un Virgilio lejano, inhibido, resuelto a no compartir las palpitaciones de la nueva — ¡tan antigua! — viajera. Ningún libro de Torres Bodet mejor "situado" que éste, en el sentido que a "situar" dió hace tiempo Max Jacob.

En "Proserpina rescatada" el primer "rescatado" de toda cadena emocional es el autor. Emocional en el turbio sentido, porque ninguna emoción más clara y honda que la artística, y todo el libro está de ella rezumado. Además, no deja nunca de acudir el pensamiento a rematar con volutas humorísticas cualquier posible fuga imaginativa . . . Libro frenado y aséptico, que apenas delata las huellas del escritor si no es en esos momentos en que se adelanta el pulgar para imprimir a un relieve huraño su flexibilidad, su expresión definitiva.

Benjamín Jarnés

Imprenta LA TRIBUNA